
SS
SERVICIO SECRETO
BB
LANZADOS AL INFIERNO
clark carrados

CLARK CARRADOS

LANZADOS AL INFIERNO

1.ª EDICIÓN
FEBRERO - 1963

SERVICIO SECRETO

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 27762 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 5050/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
725 — La mina fantasma. 738 — Límites de sangre. 762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:
642 — A tu salud, asesino. 645 — El diamante rojo. 647 — Evasión. 650 — Marca de sangre.

En Colección BUFALO:
396 — El tren de las 7'30. 438 — Capitán fracaso. 479 — La puerta de los ahorcados.

En Colección TEXAS:
297 — El juez Damas. 307 — La vuelta del yanqui. 336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:
294 — Comerciantes en balas. 302 — Encaje de revólveres. 332 — La jauría.

En Colección COLORADO:
83 — Cita en el desierto 106 — ¡Bandidos! 228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:
204 — La hija del *sheriff*. 214 — Fantasmas en la ciudad. 221 — La séptima estrella.

En Colección PUNTO ROJO:
37 — Un doble para la horca, 40 — Me ha visitado un cadáver.

En Colección BRAVO OESTE:
82 — Savia roja. s89 — Alias "El Perezoso".



CAPÍTULO PRIMERO

Todo ocurrió de modo tan rápido e inesperado, que cuando los pasajeros del bimotor de transporte quisieron darse cuenta, el desastre ya estaba consumado.

Después del aterrizaje forzoso en aquel claro de la jungla, del horrible concierto de crujidos y estallidos, se hizo un hondo silencio en el interior de la cabina de pasajeros.

Una hora antes, el avión había despegado del aeropuerto de Manaos, capital del Estado de Amazonas, en el Brasil, con rumbo a Georgetown, capital de la Guayana británica. Las previsiones meteorológicas anunciaban la ruta despejada durante las próximas doce horas.

Pero una cosa son las previsiones de los hombres y otra, muy distinta, el cielo de la selva brasileña. El DC-3 se había encontrado metido de repente en una tormenta tropical y un rayo le había inutilizado por completo todo el sistema eléctrico, radio incluida.

El avión se había quedado, pues, sin motores al no funcionar tanto las magnetos de los mismos, como las de emergencia. En consecuencia, al piloto, no le había quedado otro remedio que buscar un lugar donde aterrizar sin tener siquiera el consuelo de enviar un radio con el clásico S.O.S.

Desde la altura, el claro parecía de suelo llano. En vista de ello, el piloto se había arriesgado a sacar el tren, empleando para ello el mando manual, ya que el hidráulico no funcionaba al haberse quedado sin electricidad. Pero un bache traidor, oculto por la espesa hierba del suelo,

había quebrado la pata izquierda del tren.

El DC-3 se ladeó primero, luego su ala de babor chocó contra el suelo, segando la hierba con chirridos que ponían los pelos de punta.

La mitad del ala se quedó atrás. Las palas de la hélice del motor de aquel lado se convirtieron en sendos tirabuzones. Finalmente, y después de haber dejado un ancho rastro en la hierba, el avión se detuvo.

Con un suspiro de alivio y enojo al mismo tiempo, el primer piloto, Jay Randolph, se desciñó las, correas da seguridad.

—Bueno —exclamó, mirando a su copiloto, Fernando Alsoa, un brasileño de mirada inteligente y tez café con leche—, al menos hemos salvado la vida.

Alsoa hizo una mueca.

—Sí, pero este es el final de la “Randals Charter”.

La “Randals Charter” era una compañía que hacía viajes irregulares, dependiendo de la demanda de los pasajeros hacia determinado punto. El nombre de la empresa estaba formado por las primeras letras de los apellidos del piloto y copiloto, ambos socios y propietarios de la línea y del único aparato de la misma.

Fernando sacudió la cabeza.

—El diablo me lleve si soy supersticioso, pero cuando asta vez me enceré de que íbamos a volar trece en este viejo cacharro, presentí la catástrofe.

—Bueno, bueno —refunfuñó Jay—, no seas aguafiestas. Anda, vamos a ver qué daño han sufrido los pasajeros. Ahí afuera, en la cabina se está oyendo un jaleo espantoso.

Jay tenía razón. El griterío en la cabina de pasajeros era poco menos que ensordecedor. Abrió la puerta, encontrándose con una escena de indescriptible confusión.

Carmen Paço, la azafata de tez olivácea, trataba de calmar a los excitados pasajeros, los cuales pretendían escapar a toda prisa del aparato siniestrado. Todos, excepto dos de ellos que no se habían movido de sus puestos, en los cuales permanecían imperturbablemente, cual si el aparato se mantuviese en vuelo todavía.

Jay levantó la voz:

—¡Señores!

El tumulto se acalló al instante. Ocho rostros se volvieron para mirarle.

—Señoras y caballeros —dijo el piloto—, les ruego un poco más de compostura. Sobre todo, calma y sangre fría, si queremos salvarnos... y nos salvaremos, se lo aseguro. De momento, la vida está a salvo. Hemos aterrizado, aunque no demasiado bien, he de reconocerlo, pero desde el aire no se veía el hoyo que nos rompió la pata izquierda del tren. Pero no corremos peligro de incendio, ya que los tanques están completamente intactos y no se ha derramado una sola gota de gasolina.

—¿Y la radio, capitán? —preguntó la señorita Briggson, una vieja solterona de aspecto inconfundiblemente británico—. ¿Ha enviado usted ya algún mensaje pidiendo socorro, como prescriben los reglamentos?

Jay meneó la cabeza.

—Lo siento, señorita Briggson. El rayo que cayó sobre el aparato inutilizó por completo todo nuestro sistema eléctrico. Por eso se pararon los motores.

—Lo cual quiere decir que estamos incomunicados por completo con el mundo, ¿no es cierto? —preguntó Nehemías Alvares, un hombre gordo y sudoroso, en cuya mano derecha se veía un minúsculo maletín que no había abandonado en ningún momento desde su llegada al aeropuerto.

—Así es, señor Alvares, pero no debe sentir temor alguno. El aparato tenía fijada una hora determinada da llegada al aeropuerto de Georgetown. En cuanto vean que nos retrasamos, empezarán las pesquisas para buscamos.

—¿Y hemos de estar aquí hasta que nos encuentren? —chilló, la señorita Briggson. Luego empezó a lamentarse—: La culpa es mía por no haber viajado en un avión británico. En los aviones ingleses no suceden cosas como esta. Salen a su hora y llegan puntualmente, sin defraudar a sus pasajeros—. A medida que hablaba, la Briggson se iba excitando—: Capitán, sepa que demandaré a la "Randals Charter" por incumplimiento de contrato. Poseo un billete en el que se estipula que he de llegar a Georgetown a las dos de la tarde del día de hoy, y si eso no sucede...

—No sucederá, señorita Briggson —la interrumpió Jay con firmeza—, porque, desdichadamente, este avión no sirve ya sino para chatarra. Esto en primer lugar; y en segundo, su billete cubre sobradamente todos los riesgos, aparte de cualquier seguro particular que haya podido usted tomar en el aeropuerto de Manaos.

—¿Tiene usted esperanza de que vengan a recogernos, capitán? —preguntó un hombre de poco tamaño y aspecto tímido, con lentes de cerco de oro que le daban un aire vagamente clerical.

—Por supuesto, señor Rogers —comentó Jay—. Vendrán a recogernos. Hemos salvado la vida —repitió una vez más—. Y podemos conservarla si no nos dejamos llevar del pánico.

Rogers se volvió hacia su esposa, una mujercita de apariencia insignificante.

—¿Lo ves, Edna querida? Este capitán es un hombre valeroso. Sabe lo que se dice y nos salvará del apuro.

—Que Dios te oiga, Tom —contestó la mujer, reposadamente.

—Pero, ¿y si el rescate se hace esperar varios días? ¿Cómo nos las arreglaremos para subsistir, capitán?

La pregunta procedía de Juan Reyes, un venezolano de rostro enjuto, tez coriácea y ojos rotundamente hundidos en las cuencas orbitarias.

—Tenemos víveres para cuarenta y ocho horas, reduciendo ligeramente la ración. Insisto, no obstante, en que no hay motivos de alarma. Estamos en la línea de vuelo y los aviones de rescate pasarán por encima de nosotros. En todo caso, estiraríamos un poco más las raciones de alimento. Además, la selva proporciona comida.

—¿Y agua? preguntó Kent Teitle, un fornido yanqui, con todo el aspecto de haber pertenecido a la infantería de Marina—. La selva es muy espesa y aunque parece imposible, suelen existir grandes zonas de terreno en las que no se encuentra una gota de agua ni para un remedio.

—El avión lleva también un pequeño depósito para casos de emergencia, aparte de la del lavabo. Repito que no hay motivo para sentir alarma; lo único que debemos hacer es mantener la serenidad.

—¿Cree que verán el avión desde arriba? —preguntó Alvares ansiosamente.

Jay sonrió.

—Mal asunto para nosotros si así no fuera —dijo—. Pero hemos aterrizado en un claro bastante extenso y la visibilidad es buena. Paciencia y calma es lo único que les pido a todos ustedes.

—¿Y qué hemos de hacer mientras tanto? —preguntó Joâo da Ninha, un brasileño delgado y flexible como un florete—. ¿Esperar dentro del avión? Esto se convertirá, en un horno antes de diez minutos.

—Podríamos aguardar en el borde de la selva —sugirió Teitle—. Allí puede que también haga calor, pero, al menos, tendremos el consuelo de sentir de vez en cuando un soplo de viento fresco.

—Jay —murmuró el copiloto al oído de su compañero—, creo que ese hombre tiene razón. El avión no es lugar para esperar.

—Está bien —dijo el joven—. Nos trasladaremos al borde de la jungla. Llevaremos las mantas y... Carmen —se dirigió a la azafata—, alguna de las pasajeras podría ayudarte en lo referente a la cocina.

—Tendremos que usar el infiernillo de alcohol —contestó la azafata—. Sobre todo, para las comidas calientes y el café.

—Y no olvide hervir el agua que hayamos de beber, señorita —dijo Da Ninha con aire petulante—. El aire de la jungla está cargado de gérmenes y...

—Tenemos pastillas germicidas en el botiquín del aparato, señor Da Ninha —atajó Jay amablemente—. Ese no es problema, al menos por el momento. Carmen, por favor.

—Yo la ayudaré —se brindó una de las pasajeras, Nan Dwison, una mujer joven, de unos veintiséis o veintisiete años, cabello claro y expresión un tanto amargada. Sus pupilas parecían cansadas de haber visto muchas cosas en su relativamente breve existencia.

—Muchísimas gracias, señorita Dwison —dijo Jay—. Ahora, los caballeros, por favor, transportarán las mantas y otros elementos que

puedan sernos útiles al borde del claro. Fernando, abre la puerta, ¿quieres?

—Al momento.

Una bocanada de aire caliente y horriblemente fétido invadió al instante la cabina. La señorita Briggson, que era la más próxima a la puerta, retrocedió, arrugando la nariz.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa tan espantosa!

Afuera hacía un calor de horno. Pero Jay sabía que cuando el fuselaje del aparato, aun relativamente fresco, se hubiese calentado, la estancia en su interior sería totalmente imposible.

Alsoa fue el primero en saltar al suelo. Afortunadamente, el fuselaje estaba solamente inclinado de lado; no había quedado con la cola levantada al romperse la pata del tren, lo cual hubiera dificultado notablemente la operación de apearse del aparato.

Uno tras otro, todos los pasajeros fueron bajando al suelo, ayudados por Alsoa y algún otro voluntario. La azafata y Nan Dwison aparecieron cargadas con algunos utensilios y un saco con latas, que fueron entregando a los que ya se hallaban en el exterior.

Pero todavía quedaban dos por apearse. Jay se volvió hacia ellos.

Eran los dos hombres, que no se habían movido en ningún momento de sus asientos, ni aún en los peores momentos de la breve tormenta que había originado el desastre. Sus muñecas, la izquierda de uno y la derecha del otro estaban unidas por sendas esposas de brillante acero.

Jay miró al de la derecha.

—¿Señor Spruance?

El aludido movió la cabeza en señal de asentimiento. Se puso en pie, tirando del brazo de su compañero.

—Vamos, Breather.

Breather miró al hombre que lo custodiaba con aire resentido.

—¿Ni aquí que no puedo escaparme va a dejarme suelto, maldito polizonte?

—Camina —respondió Spruance impávido.

—Escuche —dijo Breather—, en cuanto llegue a Georgetown, me juzgarán y me colgarán, tan fijo como que estamos perdidos en esta condenada selva. ¿Cree que me importa...?

—A mí sí que no me importa lo que pienses, Breather —le atajó el policía sin perder la flema—. Tengo orden de llevarte vivo a la presencia del juez y te llevaré, cueste lo que cueste, ¿entendido?

Breather rechinó los dientes. Luego, pegando un brusco tirón a las esposas, caminó hacia la portezuela.

Jay siguió a la pareja. Meneó la cabeza con pesimismo.

Triste destino el de “Killer” Breather. Breather “El Matador”. Acabaría en la horca, se lo merecía sin duda alguna.

Pero cuando saltó al suelo y se enfrentó con el impenetrable muro

verde de la jungla brasileña, se preguntó si saldrían con vida de aquel infierno.

Arriba, en lo alto, media docena de buitres describían grandes círculos con infinita lentitud.

Esperaban su ración de carroña.

CAPÍTULO II

El calor se desplomaba sobre los náufragos como una manta impalpable, pero espesa, densa, húmeda y sofocante. En pocos minutos tuvieron los cuerpos cubiertos de una fina y brillante película de transpiración.

La distancia del avión siniestrado a la selva era de unos doscientos metros, que hubieron de ser cubiertos bajo la implacable mirada del sol que parecía clavado en lo alto de un cielo amarillo. El olor era fétido, como de materias orgánicas en constante putrefacción, y los pies se hundían en la blanda capa de hierba que cubría el suelo.

Las copas de los árboles les protegieron de los furores del sol, pero no del calor. Sobre sus cabezas se extendía una impenetrable manta de verdor que no dejaba traspasar la luz, sumiendo a la selva en una siniestra penumbra que convertía el ambiente en algo depresivo y obsesionante.

En completo silencio, los pasajeros fueron depositando los objetos que habían traído desde el avión al pie de un árbol. Carmen Paço se hizo cargo de todo lo referente a los víveres y agua potable, transportada en un par de bidones, ayudada en ello por Nan Dwison. Las mantas fueron colocadas en un montón al pie de otro árbol.

La tensión reinaba entre los pasajeros. Había decaído al ver que se habían salvado del aterrizaje forzoso, pero de nuevo había vuelto a crecer.

Jay se preguntó por las causas. En silencio, mientras acomodaba las mantas, trató de observarlos uno por uno.

Spruance se había sentado en el suelo, aparte de los demás, junto con su prisionero. Spruance, pensó Jay, el prototipo de policía británico, tenaz, inflexible, duro, observador implacable de los reglamentos, pero atento y considerado con los prisioneros que caían en sus manos, tal como los reglamentos ordenaban igualmente.

El matrimonio Rogers. Ella procuraba cuidar de su marido, el cual había sacado una biblia muy usada de su bolsillo y la leía atentamente, deletreando con los labios cada palabra de la misma.

Nehemías Alvares. ¿Qué transportaba aquella bola de sebo en el pequeño maletín, que lo cuidaba tan amorosamente y con tanta suspicacia y recelo al mismo tiempo? Sus menudos ojillos no permanecían quietos un solo segundo, yendo de uno a otro de los pasajeros, como si recelase de todos ellos.

Miss Briggson, la solterona inglesa, superviviente de una época pretérita. Para los demás, no para ella. Miss Briggson seguía creyendo en la inmutabilidad del imperio británico y en la perfección de sus leyes e

instituciones, a mil codos de altura sobre todas las demás. Mientras se acomodaba con toda pulcritud al pie de un árbol, como si estuviese en su *cottage* de Leicester, en espera de recibir a sus amistades en la sacrosanta hora del té, sus labios se movían incesantemente, murmurando algo que solo ella podía entender.

Juan Reyes, el venezolano. Medio tendido en el suelo, con las manos tras la nuca, dejaba que un cigarrillo se consumiese entre sus delgados labios. Sus ojos estaban clavados en el maletín de Alvares, a cuatro o cinco pasos de distancia.

Teitle, el *marine.* Silbaba una cancioncilla, mientras que con una navaja de resorte que había extraído de uno de sus bolsillos aguzaba el extremo de una rama larga y recta que había cortado de un árbol. Parecía indiferente a lo que ocurría a su alrededor.

Joâo Da Ninha, el brasileño largo y erecto como una espada. Estaba en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la mirada fija en el avión siniestrado. Daba la sensación de hallarse ausente de cuanto ocurría a su alrededor.

Ya solo quedaba Nan Dwison, la chica del rostro amargado. Tenía caídas las comisuras de los labios, como si estuviese al cabo de cuanto la vida pudiera ofrecerle… y lo que la había ofrecido hasta entonces no hubiera sido nada bueno. Si hubiese sonreído, habría resultado hermosa. Y figura no le faltaba, ciertamente. Jay la sorprendió de pronto mirando al preso.

Y el preso la miraba a ella con expresión devoradora. ¿Qué relación había existido entre los dos con anterioridad?

Sus pensamientos fueron cortados de pronto por la voz de la azafata.

—Capitán.

Jay sacudió la cabeza. Forzó una sonrisa.

—¿Le parece bien que haga un poco de café? Tenemos elementos suficientes…

—Conforme. Puede que esto nos reanime a todos.

—Gracias, capitán.

El preso se puso a discutir de pronto con su guardián.

—¿Adónde cree que voy a escaparme, Spruance? Quíteme las esposas, maldita sea.

—Quítate tú esa idea de la cabeza —respondió el policía estólidamente.

Tom Rogers se acercó a la pareja con la biblia en la mano.

—Señor Spruance, en mi modesta opinión, creo que su prisionero tiene algo de razón. Estamos en un lugar completamente desierto; no hay ningún sitio adónde ir. Su preso no se escaparía…

—Perdóneme, doctor Rogers —Jay se enteró con sorpresa de que Rogers tenía tal título. ¿Cómo no lo había manifestado al tomar billete? Siguió escuchando las palabras del policía—: El encargado de la custodia

de Breather soy yo. Tengo la misión de entregarlo sano y salvo en la Jefatura de Georgetown y ninguna otra consideración me hará apartarme de lo que considero como mi deber.

—Solo trataba de ayudarle…

La voz de Spruance sonó con cierta aspereza.

—Doctor Rogers, le agradezco sus buenas intenciones, pero no puedo tomarlas en cuenta. Este hombre que llevo al lado es un tipo peligroso. Mató a tres hombres a tiros; a uno de ellos con toda deliberación.

—Lo cual significa que me pasarán por el cuello una corbata de cáñamo —rio el asesino cínicamente.

Rogers meneó la cabeza.

—La pena de muerte no ha sido nunca una solución para castigar los errores humanos.

—Yo no hago las leyes, doctor —dijo el policía—. Solamente trato de que se cumplan, y en lo que a mí se refiere, procuro hacerlo lo mejor posible.

—Déjelo, doctor —gruñó Breather—. Es lo mismo que si hablase usted con un muro de piedra.

Más allá, Alvares se limpiaba el sudor del cuello con un pañuelo multicolor. Su mano izquierda continuaba tenazmente aferrada al asa del diminuto maletín.

—Esto nos pasa por viajar en un avión gobernado por hombres que desconocen las más elementales normas de pilotaje —terció de repente *miss* Briggson—. Si hubiésemos tomado un avión británico…

Jay empezó a cargarse.

—Miss Briggson —dijo mordazmente—, los fenómenos meteorológicos no son una peculiaridad exclusiva de los cielos que cubren zonas que no pertenecen al imperio británico. Por lo que puedo recordar, hasta en Inglaterra caen rayos sobre los aviones de vez en cuan do. En la mayoría de las ocasiones no sucede nada; en otras, el avión se ve obligado igualmente a tomar tierra.

Los ojos de la solterona destellaron.

—¡Insolente!

Y se retiró a consolar su dignidad ofendida a un rincón.

Volvió el silencio. Solo se oía el constante silbidito del venezolano, tendido en el suelo y mirando con mucha frecuencia a Alvares y a su maletín.

Carmen Paço empezó a repartir café en sendos *vasitos* de café. La señorita Briggson preguntó que por qué no le daban algo de comer.

—Eso es cuestión del capitán —contestó amablemente la azafata.

La solterona también se quejó de que fuese café y no té lo que les servían.

—Estamos en el Brasil y no en Calcuta —dijo Teitle mordazmente,

provocando algunas risas.

—Eso no tiene ninguna gracia —refunfuñó la señorita Briggson, muy ofendida.

Jay consultó su reloj. Habían salido poco después de las nueve de Manaos. Eran las doce del mediodía. A las dos tenían su llegada a Georgetown. Cuando empezasen a notar retraso en el aeropuerto, entonces iniciarían las gestiones para la búsqueda. Sacudió la cabeza con aire pesimista; no creía que fuesen avistados en aquel mismo día. Y rescatados, tampoco, por supuesto; con mucho optimismo, al día siguiente. Sí...

Pero, ¿qué podía haber detrás de aquel “sí”? Si “no les veían”, si “el tiempo pasaba”, si “se les agotaban los víveres”, si “las alimañas de la selva”, “sí...”

De repente oyó la voz de Alvares. Sonaba nerviosa, estridente.

—No, no tengo cerillas. Y déjeme en paz, por favor.

Teitle estaba frente al gordo. El yanqui parecía muy asombrado de la mala acogida de que había sido objeto.

—Bueno, hombre, no es para ponerse así —dijo Teitle conciliador—. Un pitillo le colgaba de la comisura de los labios. Miró a los demás—: Solo le había pedido cerillas.

—Tome usted, amigo —dijo el venezolano obsequiosamente, acercándosele con un encendedor.

Alvares se puso en pie y se cambió de sitio, llevando el maletín amorosamente abrazado contra su pecho. Jay se fijó en que los ojos de Reyes estaban continuamente clavados en el maletín.

Alsoa se te acercó.

—Jay.

—¿Sí, Fernando?

—Me estoy preguntando qué diablos debe llevar el gordo en su maletín. Subió a bordo en el aeropuerto y rechazó que Carmen se ocupase de él. No lo suelta un solo momento y...

Jay recordó de pronto un detalle.

—Hay otra cosa que me preocupa más —dijo, ceñudo.

El copiloto lo miró intrigado.

—¿Sí, Jay?

—Vendimos solamente diez pasajes de los veintidós posibles. ¿Por qué compró Alvares los doce restantes?

Fernando calló. No sabía qué respuesta dar a las palabras de su amigo.

CAPÍTULO III

La noche caía con rapidez. Las llamas de una hoguera bailoteaban fúnebremente en el centro de un grupo de árboles.

—Capitán —dijo una voz chillona.

—¿Señorita Briggson?

—Son ya las ocho y media de la tarde y aún no han dado señales de vida los aviones de rescate.

—Créame que la culpa no es mía, señorita Briggson —respondió el joven.

—¿Y hemos de estar aquí hasta que vengan a buscarnos?

—Lo siento, pero no se me ocurre otra solución. Si alguno de los presentes tiene una idea que sea factible de poner en práctica, le agradeceré me la comunique.

—¡Aviones extranjeros! —refunfuñó la solterona—. ¡Bah!

Teitle se acercó al joven, acuclillándose a su lado.

—En confianza, capitán, ¿qué probabilidades tenemos de ser rescatados?

Jay le miró rectamente.

—Muchas —contestó sin vacilar—. No nos hemos desviado de la línea de vuelo, de modo que los aparatos de rescate solo tienen que volar siguiendo la ruta para ver el avión siniestrado.

—¿Está convencido de lo que manifiesta o lo dice solamente para darnos ánimos?

—Usted no es persona que necesite muchos ánimos, señor Teitle —sonrió Jay—. De todas formas, estoy convencido de lo que acabo de decir.

El marine meneó la cabeza.

—¡Hum! —fue todo lo que dijo. Y se retiró.

Las sombras avanzaban con toda rapidez. Nan Dwison estaba al otro lado de la hoguera. Su rostro aparecía iluminado por las llamas, en tanto que el resto de su cuerpo apenas si se veía. Sus ojos estaban fijos en un punto.

Jay siguió con la vista la dirección de la mirada de la joven.

¿Por qué se interesaba tanto Nan Dwison por un sanguinario asesino? Y Breather la estaba mirando a ella también con enorme intensidad, devorándola literalmente con los ojos. ¿Qué nexo de unión existía entre ambos?

Rogers salmodiaba en voz baja versículos de la Biblia. Su esposa le escuchaba atentamente, meneando la cabeza de vez en cuando en señal de aprobación.

Reyes continuaba silbando obstinadamente. Spruance continuaba tan inmóvil y hierático como si fuese un granadero de guardia en Buckingham Palace. Da Ninha se había hecho un ovillo en el suelo y dormía apaciblemente.

La noche cayó de pronto, envolviéndolos en un manto de agobiante oscuridad. El calor continuaba todavía.

De pronto sonó un brutal alarido.

—¡Ahí! ¡Está ahí! ¡Es una fiera! ¡Quiere atacarnos!

Prodújose al instante una gran conmoción en el campamento.

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

—¿Dónde está la fiera?

Jay se puso en pie.

—¡Silencio, por favor! —y su poderoso vozarrón dominó instantáneamente el tumulto.

—Hay una fiera, un tigre —seguía la solterona—. Mírelo, capitán; está ahí. ¿Es que no ve cómo relucen sus pupilas en la oscuridad?

—¡Rayos! —juró alguien.

Teitle aprestó su rama aguzada, que tenía todo el aspecto de un venablo.

—Si ese bicho nos ataca —refunfuñó.

Jay dio un par de pasos hacia adelante.

—No hay tigres en la selva brasileña —manifestó.

Las pupilas de la bestia brillaban frente a ellos. ¿Estaba seguro de lo que acababa de decir? Tigres no, pero panteras...

—Recomiendo calma a todo el mundo, por favor. ¿Alguno tiene una pistola? —Recordó al policía—. ¿Señor Spruance?

—Lo siento —manifestó fríamente el policía—. Sí, tengo una, pero en este momento estoy apuntando a la fiera por si se mueve con intenciones hostiles.

Jay entendió que Spruance no pensaba soltar su pistola por nada del mundo. Vaciló unos momentos.

La gente murmuraba excitadamente. De pronto, Jay advirtió una cosa: no se oía el menor resuello tan peculiar de la respiración de un gran felino, como debía ser el que tenían frente a ellos. ¿Les atacaría o solamente estaba aguardando el momento propicio para hincar el diente en alguna apetitosa presa?

La fiera estaba fuera del círculo de luz de la hoguera. Era extraño que no se hubiese movido con todo aquel jaleo que había organizado la histérica solterona. Una pantera hubiera atacado o se hubiese marchado asustada por los gritos, pero en ningún momento habría permanecido inmóvil con semejante griterío. ¿Por qué seguía quieta en el mismo sitio?

Súbitamente, el ojo izquierdo de la fiera echó a volar, describiendo

unos círculos irregulares, semejantes a tirabuzones. El ojo derecho partió rectamente, perdiéndose en las tinieblas en pocos momentos.

Jay se pasó la mano por la cara, maldiciendo la excitabilidad de algunas personas.

—Eran dos cocuyos —dijo para tranquilizar a los abatidos pasajeros—. Dos luciérnagas, en suma.

Alguien soltó una risita nerviosa.

—¡Tigres! ¡Puah!

La señorita Briggson se felicitó de que la oscuridad impidiera ver el enrojecimiento que cubría su huesudo rostro.

—Tigres —dijo la misma voz. Y luego emitió un fingido rugido—: ¡Uhuhuhuhhhh...!

—¡Basta ya! —exclamó alguien—. Señor Teitle, hay bromas que carecen de gusto en según qué ocasiones.

—Está bien, está bien —contestó el yanqui—. Solo pretendía levantar un poco la moral. Pero esa vieja de patas de alambre nos dio el gran susto con sus berridos.

—¡Señor Teitle, me está insultando! —clamó la solterona—. Capitán, le ruego intervenga...

—Por favor, señores —exclamó Jay, tratando de conciliar los ánimos excitados—. Un poco de calma, se lo ruego. Señor Teitle, le agradeceré se abstenga de efectuar comentarios que puedan herir la susceptibilidad de los demás.

Teitle manoteó un poco.

—Bien, bien —gruñó—. Pero es que el susto que nos dio resultó mayúsculo. ¡Tigres en el Brasil! —farfulló, alejándose a un lado.

Fernando Alsoa reavivó la hoguera, echando unas cuantas ramas. Una de ellas crujió secamente, como el estallido de un pistoletazo, haciendo lanzar un chillido a la señorita Briggson. Varias carcajadas sonaron a la vez.

Miss Briggson se retiró a un lado, a digerir las ofensas hechas a su dignidad, que consideraba como hechas al imperio británico. La culpa era suya por viajar en compañía de gentes sin decoro y sin la menor noción del trato social, se dijo.

Jay estuvo observando a los pasajeros, los cuales se tendían en el suelo para dormir. La última en hacerlo fue Nan Dwison, después de arrojar una última mirada en dirección al prisionero.

Los ronquidos de Teitle se dejaron oír bien pronto. El silbido de Reyes se había acallado por fin.

Alsoa se le acercó.

—Jay.

—Hola, Fernando.

—¿Qué opinas de nuestra situación?

—Bien, me extraña no haber visto ya ningún avión de rescate. Estamos en la línea de vuelo y…

—¿Tienes una completa seguridad de ello, Jay? —preguntó el copiloto.

Jay se quedó mirando a Alsoa con expresión intrigada.

—¿Qué diablos pretendes insinuar, Fernando?

—Estuvimos metidos en la tormenta durante casi un cuarto de hora. Recuerda, el huracán nos zarandeó con fuerza y… ¿no crees posible que el viento nos hiciera derivar a un lado o a otro de la línea de vuelo? Las brújulas están descompuestas por la descarga eléctrica.

Jay se pellizcó los labios en actitud pensativa.

—Pudiera haber sucedido —concordó—. De todas formas, no existen demasiados claros en la selva brasileña. Además, el metal del aparato brilla mucho. Es cuestión de tener un poco de paciencia.

—Paciencia, sí, desde luego, pero ¿hasta cuándo?

—Fernando, no me irás a perder ahora la serenidad, ¿no es así?

—Escucha, Jay, yo conozco la selva brasileña. Es malvada, traidora… y asesina. No soy pesimista, desde luego, pero si no nos rescatan pronto… no me atrevo a afirmar lo que puede ocurrir después.

—En todo caso, siempre tenemos el recurso de caminar en busca de un centro civilizado.

Fernando soltó una amarga carcajada.

—¿Caminar? ¿Hacia dónde? Esta zona está absolutamente desierta. No hay ningún poblado a menos de doscientos cincuenta kilómetros a la redonda. Caminar, dices, muy bien. ¿Tenemos machetes para abrirnos paso entre la vegetación? Aun cuando dispusiésemos de ellos. ¿Sabes cuánto podríamos recorrer diariamente y eso con mucho optimismo? Tres, cuatro kilómetros, lo cual suponen dos meses… sin armas, sin víveres, sin agua potable… y la selva está llena de animales completamente hostiles.

—Bueno, si viéramos, que las cosas se ponen mal, también podríamos incendiar el aparato. La humareda podría ser avistada desde gran distancia.

Alsoa meneó la cabeza.

—Soy pesimista, Jay. Lo siento, pero es así. Claro que procuraré ayudarte en todo lo que pueda y evitaré mostrarlo delante de los demás pasajeros, pero…

—Está bien, Fernando. Te agradezco mucho lo que acabas de decirme, pero, por favor, conserva la serenidad. No hay nada peor que un hombre que pierde el control de sí mismo.

Los blancos dientes del brasileño destellaron en la oscuridad.

—Descuida, Jay. Pero no pude evitar un momento de desaliento.

—Me alegro de que hayas tenido el valor de confesarlo, Fernando. Eso dice mucho en favor tuyo.

—Gracias, Jay. Bueno, voy a ver si puedo dormir un poco.

—Sí, te sentará bien.

Fernando se retiró a un rincón, tendiéndose en el suelo. Jay lo observó durante unos momentos con el semblante lleno de sombras. Si su copiloto perdía los nervios, sería un hombre inútil. Y en aquellos momentos, Jay necesitaba ayuda, mucha ayuda.

La mayoría de los pasajeros dormía ya. Jay arrojó más ramas a la hoguera, retirándose luego a un lado, donde el calor del fuego no le alcanzase.

Alvares estaba sentado con la espalda apoyada contra un árbol. Su maletín estaba entre sus piernas y lo sujetaba fuertemente con los brazos. De vez en cuando se estremecía fuertemente, a la vez que sus labios se movían, murmurando palabras ininteligibles.

Jay recorrió con la vista los cuerpos de los pasajeros. El matrimonio Rogers dormía apaciblemente, con las manos unidas.

Nan Dwison estaba tendida de costado, con la cabeza apoyada en una mano. No dormía, tenía la vista constantemente clavada en el prisionero, el cual roncaba estrepitosamente. Spruance había cerrado los ojos también, pero Jay no estaba seguro de que durmiese.

Su vista recayó sobre el venezolano. Este miraba a Alvares. De pronto se dio cuenta que el piloto lo estaba observando y cerró los ojos.

Jay empezó a sentirse invadido por una dulce somnolencia. Sin poder contenerse, se echó hacia atrás, apoyando la cabeza en una gruesa raíz, que sobresalía un tanto del suelo y que le sirvió de almohada. Extraña colección de personas, pensó.

Si el viaje se hubiese realizado con toda normalidad, se habrían dispersado apenas llegados a Georgetown y nadie hubiera vuelto a ocuparse de sus compañeros de viaje, como solía acontecer con otros vuelos. Pero ahora las cosas eran muy diferentes y Jay tenía la sensación de hallarse sobre un volcán próximo a eruptar violentamente. ¿Cuándo se produciría la explosión?

Se durmió sin saber cómo.

De pronto despertó, terriblemente sobresaltado. Pero no se movió.

Algo muy suave y tétricamente silencioso, como un guante de terciopelo velludo, le estaba acariciando el rostro. Le pareció que una mano cuyos dedos estuvieran cubiertos de pelos de seda le tocaba las facciones.

Contuvo la respiración. ¿De quién era aquella mano?

La mano le rozó la barbilla y los labios. Luego subió hasta la nariz y la mejilla izquierda. No se atrevió a abrir los ojos.

Y de pronto, un sudor frío invadió su rostro. No, no era mano, era...

Un horrible sentimiento de pánico invadió su ánimo. No era una mano de terciopelo, sino...

Todavía no hable respirado. Los pulmones ya le dolían de tanto

aguantar el aire contenido en ellos. Y sabía que no debía hacer el menor movimiento o, de lo contrario, la araña que tenía sobre la cara le picaría. Seguramente se trataba de una mygala, la araña gigante de la jungla brasileña, la araña que se alimenta de ratonemos y pájaros, una araña tan grande como la mano de un hombre y cuya picadura suele ser a menudo fatal.

Sintió que el sudor le corría por el cuello hasta las orejas en menudos arroyuelos.

La araña debió percibir algún peligro, porque se marchó corriendo velozmente. Jay se puso en pie de un salto, sacudiendo la cabeza frenéticamente, empapado de sudor todo su cuerpo, temblando aún de miedo. Hubo de apoyarse en un árbol cercano; las piernas se negaban a sostenerle.

Buscó en sus bolsillos. Encendió un cigarrillo con mano temblorosa. Aún no se le había pasado el miedo de sentir la araña sobre su cara. ¡Bicho repugnante!

Aspiró el humo del cigarrillo con fuerza. Luego se sentó en el suelo.

Los pasajeros dormían apaciblemente. Menos uno de ellos: Nan Dwison.

La joven continuaba con los ojos clavados obstinadamente en el prisionero.

CAPÍTULO IV

Sonó un fuerte grito.

—¡He encontrado un río! ¡He encontrado un río!

Apenas si había amanecido todavía. Una luz imprecisa arrojaba inciertas zonas de penumbra en algunos lugares del campamento.

Los durmientes se despertaron al oír los gritos. Jay se sentó en el suelo, frotándose los ojos. A última hora, había acabarlo por dormirse de nuevo.

Juan Reyes venía a todo correr, alborotando la selva con sus gritos. Jadeaba cuando se detuvo a pocos pasos de la hoguera.

—Se me ocurrió ir a dar un paseo… El río está aquí al lado, a menos de cincuenta metros… Es muy fácil llegar hasta allí… Un río significa…

—Un río no significa nada en la selva —le atajó Da Ninha—. Puede usted recorrer cientos de kilómetros sobre una embarcación sin encontrar el menor signo de vida humana.

Reyes le miró hostilmente.

—Bueno, al menos tenemos agua y eso es algo, ¿no?

—¿Y para qué queremos un río si hoy vendrán a rescatarnos? —exclamó *miss* Briggson. Volvió la vista hacia Jay—. ¿O no, capitán?

Jay se sintió incómodo de repente.

—Verá, señorita Briggson…

Un agudísimo chillido le interrumpió de pronto.

—¡Allí! ¡Allí! ¡Lo han asesinado!

Carmen Paço señalaba con el brazo extendido un lugar del campamento. Su cuerpo temblaba con espasmos de pánico.

Se oyó un suspiro y luego el golpe de un cuerpo al caer al suelo. La señorita Briggson acababa de caer redonda, desmayada.

Jay siguió con la vista la dirección que indicaba la azafata. Los cabellos se le erizaron.

—Nehemías Alvares estaba muerto.

Su muerte no había sido corriente ni muy agradable. Tenía profundamente hundida en el vientre la rama que Teitle había estado aguzando con la navaja el día anterior.

Las moscas, grandes, de alas con reflejos azulados, revoloteaban continuamente en su rostro, en el que se había petrificado una espantosa mueca de horror. La sangre había brotado abundantemente de la herida, empapándole literalmente todo el bajo vientre. La estaca sobresalía cerca de un metro de su cuerpo.

Jay sintió que el estómago se le revolvía. Alguien soltó un atroz juramento.

Pero no tardó en rehacerse.

—¡Atiendan a la señorita Briggson! —exclamó, corriendo hacia el cadáver.

Se arrodilló a su lado, espantando las moscas que zumbaron irritadas. No quiso tocar la estaca.

En el rostro de Alvares encontró unas marcas azuladas. Un atento examen le indicó que eran huellas de dedos.

¿Por qué aquellas señales? se preguntó. Pronto encontró la explicación.

Alguien había tapado la boca de Alvares mientras dormía y luego le había clavado la estaca, evitando de este modo cualquier grito delator. Después...

Después, ¿qué?

Algo brilló en la mente de Jay con súbitos resplandores.

¡El maletín!

El maletín que Alvares guardaba tan amorosamente había desaparecido.

Se irguió, dando la espalda al muerto y mirando uno por uno a los pasajeros formados en semicírculo a pocos pasos de distancia.

Miss Briggson continuaba yaciendo en el suelo, sin que nadie se hubiese preocupado de ella. Los demás permanecían inmóviles, con distintas expresiones en sus rostros, según su temperamento.

Nan Dwison aparecía impasible, aunque muy pálida. A su lado, Carmen Paço temblaba perceptiblemente.

Reyes silbaba tenuemente. Da Ninha miraba al cadáver con expresión concentrada. A su lado, el policía y el preso daban la sensación de que todo aquello les tenía perfectamente sin cuidado.

Teitle rezongó algo entre dientes. El matrimonio Rogers estaban estrechamente abrazados, con los ojos dilatados por el horror. El rostro de Alsoa manifestaba consternación.

De pronto, *miss* Briggson se sentó en el suelo. Extendió su brazo derecho, señalando a Teitle, a la vez que emitía un fuerte grito.

—¡Ese ha sido! ¡Él lo mató! Deténgalo, capitán, es un asesino.

—¿Qué dice esta vieja loca? —barbotó Teitle iracundo—. ¡Yo no he matado a nadie!

—La estaca es suya —dijo Jay reflexivamente—. Eso no se puede negar.

—Por supuesto que no; ni lo intentaría tan siquiera. Pero de ahí a admitir que he sido yo el que mató a ese gordinflón, media un abismo. Me la quitaron mientras dormía.

—¿Quién? —preguntó *miss* Briggson agresivamente.

—¡Váyase al infierno! ¿Cree que lo sé? —contestó Teitle de mal talante —. He dormido de un tirón toda la noche. ¿Cómo diablos quiere que...?

—Un momento —terció Jay—. Por favor. Escúchenme todos.

Once rostros se volvieron hacia él.

—Es evidente que uno de nosotros ha asesinado a Alvares. Podría pensarse, con un desmesurado optimismo, en un suicidio o en un accidente, pero no es así. Se trata de un caso claro y evidente de homicidio voluntario.

"Por dos razones —prosiguió—: Una de ellas, las marcas que tiene en la cara y que indican claramente que el asesino le tapó la boca mientras le hundía la estaca en el vientre, para evitar que gritase.

Se oyó un ruido extraño. Carmen Papo se había apartado a un lado y vomitaba. Nan Dwison se aprestó a ayudarla.

—Pero eso no quiere decir que haya sido yo el que le asesinó —declaró Teitle enfáticamente.

—Todavía hay otra razón para creer en un crimen —continuó Jay—. Todos ustedes recordarán que Alvares llevaba consigo un pequeño maletín del que no se separaba en absoluto —soltó la pregunta como un escopetazo —. ¿Dónde está el maletín?

Un hondo silencio se expandió después de las palabras del joven. Nadie supo qué respuesta dar a aquella pregunta.

—El asesino —continuó Jay impertérrito— lo mató para apoderarse del maletín. Es evidente que dentro del mismo había algo muy valioso.

—Bien —dijo Reyes lentamente—, valioso o no el asesino es uno de nosotros. Está aquí, entre los doce que hemos quedado con vida.

La señora Rogers dio un paso hacia adelante, como para decir algo, pero su marido la retuvo de pronto por un brazo. Los dos esposos empezaron a cuchichear en voz baja, muy excitados. Ella se puso de repente a llorar.

Jay advirtió el detalle.

—¿Le ocurre algo, señora Rogers? —preguntó solícitamente.

—No es nada —contestó el esposo, con cierta resolución que no pasó desapercibida al joven—. Es… se ha sentido muy afectada por la muerte de Alvares, capitán.

El muerto continuaba en la misma postura. Alsoa lo tendió en el suelo, cubriéndolo con una manta. La estaca provocaba un curioso saliente en la misma, como una diminuta tienda de campaña.

—¿Por qué no buscamos el maletín? —dijo Da Ninha de pronto—. Si aparece el maletín, sabremos lo que contenía.

—Usted dijo que había encontrado un río— exclamó Teitle, dirigiéndose a Reyes—. ¿Quién nos dice que no mató a Alvares, le quitó el maletín, extrajo y escondió su contenido y luego lo arrojó lleno de piedras al río?

—¡Váyase al infierno! —gritó el venezolano—. ¡Esa es una inmunda calumnia!

—Pero una posibilidad digna de tenerse en cuenta, aunque no haya sido usted —declaró Jay—. Lo positivamente cierto es que uno de nosotros

ha sido el autor de la muerte de Alvares.

—¿Y por qué no usted mismo?

La pregunta provenía de Nan Dwison. Jay la contempló en silencio.

—Es cierto —admitió el joven—. Tan sospechoso soy yo como los demás.

—Exclúyame a mí, capitán —dijo Spruance, quebrantando su silencio por primera vez—. Y a mí prisionera, por supuesto. Ninguno de nosotros teníamos nada que ver con Alvares ni nos importaban sus negocios o la que hiciera.



—*¡Lo han asesinado!*

—Eso significa que el número de sospechosos se ha reducido a diez.

—¡A nueve! —gritó la solterona—. ¡Yo no...!

—Eh, poco a poco —atajó Teitle—. Usted parees un personaje de Agatha Christie y ya es sabido que en sus novelas, las solteronas suelen ser muchas veces el asesino.

—Con cianuro —dijo Alsoa, levantando algunas carcajadas entre los presentes.

—Eso no tiene ninguna gracia —refunfuñó la Briggson muy ofendida.

Jay tuvo una idea de pronto.

—Señor Spruance, ¿podría hablar a solas con usted?

—Verá, la frase es un poco inoportuna. Mi prisionero...

—El copiloto puede hacerse cargo de él, señor Spruance.

El policía consideró la propuesta.

—Bueno —accedió al cabo, mientras se hurgaba los bolsillos en busca de las llaves de las esposas—, pero solo durante cinco minutos.

Breather soltó una blasfemia.

—¡Hijo de perro! ¿Adónde diablos quieres que me vaya en esta maldita selva?

—Contenga la lengua, Breather —dijo el joven severamente.

—Déjelo —exclamó el policía—. Mientras se desahoga de esta manera, no piensa en cometer ninguna otra tropelía. ¿Señor Alsoa?

Fernando extendió el brazo derecho, sisado esposado junto con el prisionero. Luego, Jay y el policía se apartaron unos cuantos metros.

—Escuche —dijo el primero—, la verdad, me siento bastante atribulado y no hay ni qué decir desconcertado. Ya no es que tenga que cuidar de un pasaje perdido en la selva, sino investigar también un asesinato. Usted es policía, tiene experiencia. ¿Por qué no interroga a los pasajeros sobre todos los movimientos que han realizado durante la noche? Yo cuidaré de Breather en unión de mi copiloto y, por supuesto, no me opondré a que investigue usted mis actividades. ¿Qué me contesta, señor Spruance?

El policía reflexionó durante breves instantes.

—Debiera contestarle que mi obligación, en las presentes circunstancias, es atender exclusivamente a Breather. Pero le diré que sí, aunque haciéndole la advertencia de antemano que no vamos a conseguir nada positivo. Todos dirán que no, por supuesto, ¿y quién puede comprobar la veracidad o falsedad de sus afirmaciones?

—El hecho indudable es que alguien asesinó a Alvares —dijo el joven impaciente.

—No sé, lo sé. De todas formas, quise advertirle de lo que va a suceder, capitán. No habrá manera de comprobar que un individuo miente y habremos de pasar forzosamente por lo que él quiera decirnos.

—Bueno, usted es policía, ¿no? Tiene práctica en los interrogatorios y

sabrá hallar alguna contradicción en las declaraciones que le permita descubrir un posible indicio.

Spruance suspiró.

—Ojalá sea como usted dice, capitán, pero no comparto su optimismo.

—A propósito, quiero hacerle una pregunta, Spruance.

—Usted dirá, capitán.

—¿Sabe usted si su preso y la señorita Dwison se conocían ya de antes?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Mera curiosidad —respondió el joven—. Vamos para allá a anunciarles lo que hemos decidido.

—De acuerdo.

Regresaron junto a los demás. Jay habló. Al terminar, la señorita Briggson declaró agresivamente que ella no contestaría a ninguna pregunta que se le formulase mientras no tuviese un abogado junto a ella.

—Eso no es cooperar son la justicia precisamente —declaró el joven.

—En parte —manifestó Da Ninha—, la señorita Briggson tiene razón. El señor Spruance no tiene ningún derecho a interrogarnos. Él es un policía que conduce a un preso, única persona sobre la cual ejerce una autoridad. Y usted, capitán, ya no manda su avión, por lo que tampoco puede exigirnos que contestemos a las preguntas del señor Spruance. Desembarcados del aparata, ya no tenemos por qué obedecer sus órdenes.

Jay frunció el ceño.

—En su lugar, yo me apresuraría a contestar a las preguntas del agente Spruance para evitar hacerme sospechoso, señor Da Ninha.

—Y usted, ¿puede contestarme a una pregunta?

—Depende —respondió el joven cautamente—. ¿Qué pregunta es esa?

—¿Cuándo vienen a rescatarnos?

Un helado silenció descendió bruscamente sobre todos los presentes.

CAPÍTULO V

Las dos de la tarde.

Calor. Humedad. Insectos. Transpiración.

Las ropas se pegaban a la piel y los cabellos, húmedos, se adherían a las sienes.

Spruance regresó junto a Jay.

—Nada —dijo desalentadamente, limpiándose si sudar con un pañuelo.

Jay levantó el brazo derecho, unido al de Breather.

—Me lo suponía —dijo secamente—. ¿Y el maletín?

—Ni rastro. Ha desaparecido por completo.

—Me pregunto cuál sería su contenido. Evidentemente, al menos en mi opinión, es por esto que Alvares fue asesinado.

Spruance se sujetó la argolla de acero a su muñeca.

—Posiblemente. Sin embargo, yo no puedo hacer ya más de lo que he hecho. Todos niegan rotundamente... pero uno de ellos lo mató.

—El capitán —dijo Breather, mirando al joven con insolencia.

Jay sintió que le entraban ganas de abofetear al asesino, pero se contuvo, limitándose a arrojarle una mirada iracunda.

—Bueno —dijo—, tendremos que esperar.

—¿A qué? ¿A que nos devoren los bichos de la selva? —preguntó Breather.

—Cállate —dijo el policía secamente.

—¡Está bueno! ¡Van a colgarme en cuanto llegue a Georgetown y no puedo ni desahogarme! ¡Me quejaré de usted a las autoridades, Spruance!

Jay se plantó ante el preso.

—Escuche, Breather —dijo—. El agente Spruance es un hombre muy comedido, que le considera demasiado. Pero yo no tengo por qué guardarle tantas consideraciones, ¿estamos? O cierra el pico de una vez o se la cerraré yo a golpes.

Breather contempló la expresión del joven y cobró miedo. Apretó los labios y calló.

Reyes se le acercó en aquel momento.

—Capitán.

—¿Señor Reyes?

—Escuche, los aviones de rescate no dan señales de vida. ¿No cree que podríamos acercarnos al río? Está solo a cincuenta metros de aquí y si vuela algún avión por encima de estos parajes, siempre tenemos tiempo de echar a correr al claro.

—Está bien —dijo—. Vamos a ver cómo es ese río. ¿Spruance?

—Yo me quedo aquí —manifestó el policía.

Breather soltó un gruñido.

—Al menos podría dejarme dar un baño.

—Otro rato —contestó el policía flemáticamente.

Jay se marchó en unión del venezolano. Al parecer, Reyes había expuesto su idea a los demás con anterioridad, porque la mayoría de ellos estaban dispuestos ya para emprender la marcha.

Nan Dwison le miró curiosamente, sin abandonar aquel rictus de amargura que parecía ser su característica más acusada. La azafata daba la sensación de haber perdido la moral. Sus ojos vagaban erráticos de un sitio para otro, sin fijeza alguna.

Da Ninha, mies Briggson y Teitle se quedaron allí.

Los demás empezaron a caminar, siguiendo a Reyes, que encabezaba la comitiva.

La selva se los tragó en pocos segundos. Sobre sus cabezas se extendía el follaje, denso, impenetrable, ocultando en su seno mil invisibles amenazas.

La marcha se realizaba con grandes dificultades. Lianas y plantas trepadoras de todas las clases obstruían el camino y apenas apartadas a un lado, volvían tenazmente a buscar su posición primitiva. Bajo los árboles reinaba un calor de infierno. Del suelo se desprendían con frecuencia mefíticas vaharadas procedentes de los vegetales en descomposición.

El río se les apareció de pronto, surgiendo al otro lado de una espesa cortina de verdor. No era un río excesivamente ancho, apenas veinte metros, y Jay comprendió al momento las causas de no haberlo divisado desde la altura, cuando buscaba un terreno apto para tomar tierra.

Las copas de los árboles, muchos de los cuales alcanzaban treinta y más metros de altura, se unían por encima del río, formando un túnel de verdor, bajo el cual reinaba una densa penumbra, que daba a las aguas una tonalidad casi negra. La corriente era silenciosa y hubiera podido decirse que no existía a no ser por las leves ondulaciones que alteraban su superficie.

—Un buen lugar para bañarnos —dijo alguien.

—Yo no lo haría —recomendó Reyes.

—¿Por qué? —preguntó Nan Dwison.

El venezolano señaló un punto situado en el centro del río. Era como una cinta de color oscuro que se deslizaba hacia la otra orilla con lentas ondulaciones.

La joven se estremeció de asco.

—¡Serpientes! —exclamó.

—Posiblemente una anaconda —dijo Reyes—. No es venenosa, pero pobre del animal que tiene la desgracia de ser rodeado por sus anillos. Y quien dice un animal dice también una persona.

—Bueno, al menos podremos decir que tenemos agua para beber —sugirió la señora Rogers.

—Pero habrá que hervirla previamente —afirmó Jay.

—¿Y comer?

—La carne de serpiente es muy delicada —manifestó Reyes.

Carmen Papo se puso la mano en la boca.

—Por favor —imploró.

Reyes la miró con expresión inescrutable.

—Si las cosas siguen así, no tendría nada de extraño que nos veamos obligados a recurrir a la carne de anaconda.

—¿Y cómo la mataríamos? Es un animal de cuatro o cinco metros de largo —objetó el copiloto.

—El policía tiene pistola —contestó Reyes.

—¡Bueno! —exclamó Rogers de repente—. Ya que no podemos beber agua, al menos la utilizaré para una cosa. Tengo los pies ardiendo; no hay cosa que me siente peor que el calor para mis pobres pies y me los voy a remojar inmediatamente.

—Tenga cuidado —recomendó el venezolano.

—Oh, solo se trata de un simple baño hasta los tobillos. Refrescar los pies, ¿sabe? Lo suelo hacer con mucha frecuencia en mi casa y...

Mientras hablaba, Rogers se había sentado en el borde del agua y empezaba a descalzarse.

—Si las cosas se tuercen —dijo Alsoa—, podríamos construir una balsa de troncos y navegar río abajo. Lianas hay en abundancia...

Pero no disponemos de un hacha para cortar los árboles —objetó Jay —. Solamente el cuchillo de Teitle—. Y se estremeció al recordar la diabólica astucia del asesino al utilizar la estaca aguzada para matar a Alvares.

En aquel Instante sonó un grito agudísimo.

—¿Qué ocurre? —preguntó alguien.

El grito se repitió. Era un alarido infrahumano, bestial, como procedente de la garganta de una bestia desconocida.

Prodújose un gran revuelo entre los presentes. La señora Rogers se puso a chillar de pronto.

Jay corrió hacia el lugar donde se producían los gritos, situado a unos metros de distancia, en un pequeño promontorio de la ribera, donde Rogers se había sentado a bañarse los pies.

Era Rogers el que gritaba y manoteaba frenéticamente, con los pies aún metidos en el agua, sin acertar a sacarlos. Sus chillidos partían el alma.

De pronto sacó un pie fuera. Jay sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

Rogers no tenía pie; solamente el blanco esqueleto, manchado de sangre, del que colgaban, agitándose epilépticamente, unas cosas largas y

plateadas.

Reyes lanzó un aullido.

—¡Pirañas!

El joven se quedó helado de pánico. Pirañas, los peces más voraces de entre todas las especies conocidas, con dientes capaces de mellar el acero.

Saltó hacia Rogers. Pero ya era tarde.

Rogers se puso en pie, haciendo un esfuerzo para huir a la voracidad de aquellos menudos animalitos. Pero sus pies no le sostenían ya.

En medio del espanto y del terror de todos cuantos le contemplaban, Rogers manoteó frenéticamente, tratando de hallar un asidero que no encontró. De repente cayó hacia atrás.

Se hundió en el río, con gran golpe de espumas. Durante dos o tres segundos permaneció oculto bajo las aguas, mientras su esposa lanzaba espantosos gritos de terror.

Rogers apareció fuera del río durante unos segundos. Ya tenía agarradas a la cara varias pirañas que la mordían frenéticamente en la carne. En torno a su cuerpo el río era un enloquecedor burbujeo de peces carnívoros que acudían al olor de la sangre que ya teñía de rojo las aguas.

La escena era espantosa, horripilante. Nan Dwison no lo pudo soportar más y se dejó caer medio de rodillas, apoyándose en el suelo con ambas manos, vuelta de espaldas al río.

Carmen Pego golpeaba frenéticamente con ambos puños el tronco de un árbol. Estaba próxima a un ataque de nervios, pero nadie le hacía caso; todos tenían la atención morbosamente fija en lo que sucedía en el río.

Rogers se sumergió definitivamente. Durante unos momentos, las aguas hirvieron con el paroxísmico coleteo de centenares de pececillos que se peleaban salvajemente por obtener su pedazo de botín de carne humana. Algunos de ellos luchaban ferozmente entre sí y el que resultaba herido era despiadadamente devorado por sus propios congéneres.

El agua se tifió de rojo en una gran extensión. Luego, poco a poco, el burbujeo se aquietó hasta que la su porfíele del río recobró su tranquilidad habitual.

Sonó un golpazo. Jay se volvió.

La señora Rogers acababa de desmayarse.

—Atiéndela, Fernando —dijo el joven, porque estaba viendo a Carmen Paço al borde de un ataque de nervios.

Agarró a la azafata por los hombros.

—¡Carmen! ¡Carmen! —llamó.

La muchacha tenía los ojos en blanco y se mordía los labios con fuerza. Todo su cuerpo estaba recorrido por menudos estremecimientos.

No podría dominarla si no era recurriendo a un procedimiento extremo. Levantó la mano y le golpeó varias veces en el rostro, despiadadamente.

La azafata rompió a llorar. Nan Dwison se acercó a ella, rodeándole los

hombros con un brazo.

—Un remedio brutal pero efectivo, capitán —dijo mirándole fijamente.

—Lo siento —murmuró él con voz ronca.

—Yo me ocuparé de la muchacha —dijo ella.

—Gracias.

Jay volvió junto a Alsoa y a Reyes. Edna Rogers continuaba desmayada.

—Mejor será que regresemos al campamento —dijo Jay.

—Conforme —respondió Alsoa, tomando en brazos el inerte cuerpo de la mujer.

Habían salido siete. Regresaron seis.

CAPÍTULO VI

Mediaba la tarde.

Una fúnebre calma reinaba en el campamento. Algunos permanecían sentados; otros estaban echados en el suelo, guardando todos un lúgubre silencio.

Edna Rogers continuaba desmayada. Su estado empezaba a preocupar al joven. De vez en cuando, la mujer movía los labios y pronunciaba palabras incoherentes.

La chillona voz de Miss Briggson quebró súbitamente el silencio.

—¿Capitán?

—Sí, señorita Briggson.

—Hable de una vez: ¿Qué es lo que piensa hacer? ¿Cuáles son sus planes? Hace ya casi treinta y seis horas que hemos aterrizado, sin que los aviones de rescate hayan dado señales de vida. En ese lapso de tiempo, se han producido dos muertes: un asesinato y un accidente. ¿Piensa seguir aquí hasta que muramos todos?

Jay miró fijamente a la antipática solterona.

—Señorita Briggson —dijo con toda tranquilidad—, ¿puede usted arbitrar alguna idea practicable que sirva para abandonar este campamento con seguridad de llegar a sitio civilizado?

—Eso es obligación suya, capitán —respondió ella con lengua mordaz —. Yo le pagué a usted para que me condujese a Georgetown...

—Lo siento, señorita; soy aviador —respondió el joven fríamente—. No conductor de locomotoras o autobuses.

La solterona le volvió la espalda y empezó a rezongar algo entre dientes. Nan Dwison clavó sus ojos en el rostro del joven. Jay creyó advertir una leve sonrisa en los habitualmente impasibles labios de Nan, pero no hubiera podido afirmarlo.

El policía y su preso permanecían obstinadamente apartados a un lado. Reyes silbaba una cancioncilla, según su inveterada costumbre.

Teitle se acercó a Jay.

—Capitán, el problema del rescate es acuciante, pero hay otro que es mucho más urgente todavía.

—¿Cuál? —preguntó el joven.

La voluminosa cabeza del yanqui señaló el cuerpo cubierto con una manta.

—Comprendo —murmuró Jay.

—Ya huele mal. Mañana no habrá quien pare aquí —manifestó Teitle —. Tenemos que hacer algo.

—¿Enterrarlo? No disponemos de elementos, señor Teitle... salvo su cuchillo —y le miró fijamente, pero el yanqui hizo caso omiso del gesto.

—Hay otro medio mejor y menos trabajoso.

—Explíquese, por favor.

—El rio.

Jay guardó silencio mientras consideraba la proposición.

—¡Diablos! ¡Es muy fuerte lo que acaba de decir!

Teitle se encogió de hombros.

—Haga lo que guste, capitán, pero ya me dirá qué tal se está aquí mañana por la mañana.

—El señor Teitle tiene razón —intervino Da Ninha de pronto—. No tenemos otra solución que arrojar el cuerpo de Alvares al rio.

—Usted puede guardar su documentación y efectos personales para cuando nos rescaten entregarlos a las autoridades —expresó Teitle.

Jay paseó la vista en torno suyo.

—Me gustaría antes contar con el consentimiento de todos —dijo—. No olvidemos que mi autoridad sobre ustedes ha cesado al no hallarme a bordo de mi avión en vuelo.

Teitle se volvió hacia los demás.

—Bueno, no creo que haya quien se oponga a ello, ¿verdad?

El silencio que siguió a sus palabras era altamente significativo. Pero antes de que Teitle pudiera seguir se oyó un grito.

—¡Tom! ¡Tom!

La señora Rogers acababa de recobrar el conocimiento y se debatía entre los brazos de Nan Dwison y el copiloto. Jay acudió junto a ellos.

—Señora Rogers.

—Tom, mi pobre Tom —se quejó.

—Debe ser fuerte, señora —murmuró Jay—. Procure esforzarse y mantener su valor.

—Sí, capitán —suspiró la mujer.

Jay miró en torno suyo. Carmen Paço estaba acurrucada junto a un árbol, con la mirada extraviada. El joven meneó la cabeza. La azafata era un estorbo más que una persona útil.

—¿Señorita Dwison?

—Dígame, capitán —contestó serenamente la aludida.

—La señorita Paço parece que no se encuentra bien. ¿Querría usted preparar una taza de café? Seguramente —sonrió—, la señora Rogers aceptará tomarla, ¿no es cierto?

Edna Rogers ensayó una tímida sonrisa.

—Es usted muy bueno, capitán —dijo desmayadamente.

Jay se puso en pie.

—Quédate tú con ella. Yo vuelvo junto a los demás, Fernando.

—De acuerdo.

Jay regresó al lado de los hombres. Se enfrentó con Teitle.

—He hablado con los demás —dijo el fornido yanqui—. Están de acuerdo en arrojar el cuerpo de Alvares al río. Es desagradable, pero no tenemos otro remedio que hacerlo.

—Muy bien. Cuando nos rescaten habrá una investigación. Espero que todos se pongan de acuerdo con la decisión tomada.

—Por supuesto —respondió Teitle—. Sien, ¿nos lo llevamos?

Jay sintió una contracción en el estómago. La invitación era harto clara y no se atrevió a rechazarla.

Reyes y Da Ninha agarraron el cuerpo de Alvares por los brazos. Teitle y él asieron los tobillos, después de lo cual emprendieron la marcha.

Regresaron media hora después. Jay volvía enfermo.

Nan Dwison le salió al paso con un vasito encerado lleno de café.

—Tome usted, capitán.

Jay escrutó las pupilas de la joven, encontrándolas sorprendentemente claras y de una mirada firme y resuelta.

—Gracias —dijo—. Ver el mismo espectáculo dos veces en el mismo día me ha revuelto el estómago.

—Lo comprendo —murmuró ella—. Había oído hablar de las pirañas, aunque siempre creí que gran parte de las cosas que se decían acerca de esos animalitos era pura fábula.

—Hoy habrá podido comprobar que la realidad supera a la ficción.

Nan asintió pensativamente.

—Es cierto —de pronto preguntó—: ¿Tiene usted un cigarrillo, capitán?

—¡Cómo no! —respondió él.

Los dos fumaron unos momentos en silencio. Luego, Jay volvió a hablar.

—¿Sería indiscreto preguntarle qué iba a hacer en Georgetown?

—En absoluto. Estaba contratada para actuar en el *Barry's*. Lo mismo que hacía en el *Palmeiras* de Manaos.

—¿El *Palmeiras?* —repitió él—. ¡Qué rato! Solía ir a ese café cuando hacía escala en Manaos y no la he visto actuar.

—No se extrañe —contestó Nan con un rictus de amargura en sus labios—. Solo canté dos noches. A la tercera, el dueño del local se creyó que el sueldo que me pagaba le daba derecho a ciertas cosas. En consecuencia, le rompí una botella en la cabeza y la policía me expulsó. Envié un radio a mí agente y este me consiguió un contrato para el *Barry's*. Sencillo, ¿no?

—Evidentemente —Jay contempló a la muchacha. Sus ropas no eran lujosas, más bien corrientes, lo cual indicaba pobreza de medios, pobreza mantenida con orgullosa dignidad, sin querer caer en fáciles y vergonzosas claudicaciones. Interiormente no pudo por menos de elogiarla. Y, de pronto se le ocurrió una idea—. ¿Conoce usted a Breather?

El busto de Nan subió y bajó rápidamente. Sus ojos emitieron un destello singular.

—No sé qué tiene que ver eso ahora con lo que estamos tratando, capitán —manifestó secamente.

—¡Excúseme! —rogó él con exento humilde—. Fue una idiotez por mí parte. Considere la pregunta como no formulada.

Nan dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisoteó cuidadosamente.

—Hasta luego —dijo con laconismo.

Jay la contempló durante unos momentos. Luego, meneando la cabeza, se dirigió hacia la azafata, a fin de consolarla.

—Carmen.

La azafata le miró con ojos turbios.

—Capitán —contestó de modo vago, ausente.

—Escúcheme, Carmen, ¿qué le sucede? ¿Podemos ayudarla?

—¿Ayudarme? —repitió ella con aire estúpido. No se daba cuenta de lo que decía ni de lo que escuchaba—. No sé... no sé...

Jay frunció los labios. Su situación no tenía nada, de agradable y había contado con Carmen como una eventual ayuda para mantener la moral de los pasajeros. En lugar de ello, Carmen había sido la primera en derrumbarse. La horrible muerte de Tom Rogers la había causado un *shock* mental cuyas consecuencias, aunque ya podían tocarse parcialmente, eran aún imprevisibles.

Dejó a la azafata con gesto preocupado. La tarde declinaba rápidamente. Aquella era la segunda noche que iban a pasar en la selva y los aviones de rescate no habían dado aún la menor señal de vida.

Para distraer su atención de problemas tan agobiantes se dirigió al lugar donde habían guardado los víveres, examinándolos con aire crítico. Tenían varias latas de fruta en conserva, cinco botes de café en polvo, un saquete de azúcar, unos veinte litros de agua... y nada más.

Al día siguiente no tendrían nada que comer.

Estuvo unos momentos reflexionando. Luego, incorporándose, caminó hasta llegar adonde se hallaba el policía.

—Señor Spruance.

—Diga, capitán.

—Esta noche consumiremos nuestros últimos víveres.

—¿Y...?

Jay miró de hito en hito al policía.

—Tendrá que dejarme su pistola.

Los ojos de Spruance se abrieron desmesuradamente.

—¿Se ha vuelto loco, capitán?

—Escúcheme —rezongó el joven de mal talantes—. Estamos perdidos en la selva. No podemos marchar a ninguna parte. Es forzoso continuar aquí; el aparato será visto desde el aire y entonces seremos rescatados.

Pero no sabemos cuándo vendrán los aviones de rescate. Lo mismo pueden tardar un día que... Dios sabe cuánto. Mientras tanto, tenemos que comer, ¿comprende?

—Y yo tengo que custodiar a mí prisionero —respondió el policía obstinadamente.

Breather soltó una agria carcajada.

—Este polizonte hijo de perra dejará que nos muramos todos de hambre antes que soltar su pistola, capitán.

—Cállate, Breather —dijo Spruance brevemente.

—¡Váyase al infierno! —contestó el preso.

—¿Es su última palabra, señor Spruance?

—Por ahora, sí. Podemos aguardar todavía veinticuatro horas más. ¿No hay frutos en los árboles que se puedan comer?

Jay inclinó la cabeza.

—No hay ser más indefenso e inútil que el hombre civilizado cuando se enfrenta con las manos desnudas contra los elementos. No sé si hay frutas en esta selva o no. Diablos, ¿cómo se me iba a ocurrir estudiar botánica brasileña?

—Lo siento —manifestó Spruance—. Veinticuatro horas.

—Está bien —suspiró el joven resignadamente. Minutos más tarde se enfrentaba con Da Ninha.

—Usted es de por estas tierras —dijo—. ¿Conoce algún árbol que dé frutos comestibles?

El brasileño se echó a reír.

—Mi querido capitán —contestó—. Soy un hombre que ha vivido siempre en Río, con esporádicas salidas a Sao Paulo y otras grandes ciudades del país. Esta es la primera vez que he estado en Manaos y la primera también que me dirigía a Georgetowm. Sé que hay árboles que producen la piña, el mango, el aguacate, la banana... pero no me pregunte cuáles son, porque difícilmente sabría distinguir un rosal de un abeto.

—Lo siento —dijo Jay, esforzándose en sonreír.

De pronto sonó un agudo grito.

Jay echó a correr hacia donde se hallaba Nan Dwison, que era la que había gritado. La joven estaba, apoyada de espaldas a un árbol, con los ojos fuera de las órbitas y mirando algo que había en el suelo, a sus pies, con expresión de pánico.

Jay se estremeció. A un paso de los pies de la joven había una enorme araña, una mygala del tamaño da una mano, de color rojo oscuro, con patas como dedos meñiques recubiertos de un vello espeso y repugnante.

La enorme araña había levantado las patas delanteras y las agitaba amenazadoramente, como si quisiera atacar a la joven. Nan permanecía inmóvil, como fascinada por la cruel mirada de los perversos ojillos del horripilante insecto.

Do pronto sonaron unos pasos rápidos. Algo golpeó a la araña varias veces con enorme fuerza. El insecto resultó machacado en un santiamén.

Teitle se limpió con el brazo el abundante sudor que le corría por la frente.

—¡Maldito bicho! —gruñó.

Jay agarró a la joven y se la llevó de allí. El cuerpo de Nan era recorrido por fuertes estremecimientos.

—Repórtese, señorita Dwison —dijo.

Ella volvió sus grandes ojos, en los cuales se veía aún reflejado el espanto de los horribles momentos transcurridos.

—¡Dios mío! ¡Qué animal tan espantoso! Estaba yo allí… y salió de repente del suelo… No supe qué hacer, parecía como si me hubiese hipnotizado.

Jay le dio unas palmaditas en los hombros.

—Bueno, bueno, ahora ya ha pasado todo. Ahora, a comer un poco y a descansar. Pronto será de noche y…

Nan sufrió una fuerte sacudida.

—¿Cree que después de todo lo que ha pasado hoy tendré ánimos para comer y dormir?

—Es preciso que los encuentre si no los tiene —manifestó Jay con firmeza—. Haga lo que le digo, se lo suplico —miró hacia atrás y luego, con aire cómplice, añadió—: Además, necesito de usted, señorita Dwison.

Nan enarcó las cejas.

—No le entiendo.

—Carmen Paço está bajo los efectos del golpe causado por la muerte de Rogers. Pedir colaboración a *miss* Briggson es completamente absurdo; usted ya conoce el tipo de esas solteronas, enquistadas en sí mismas y que piensan que el mundo está hecho para su uso particular…

Nan sonrió y su rostro apareció singularmente atractivo al desaparecer por un momento las nubes que lo cubrían habitualmente. Jay sonrió también.

—En cuanto a la pobre señora Rogers, ya tiene bastante con lo que ha pasado. No podemos exigirle más.

—De acuerdo —manifestó la joven.

Y Jay, en un súbito impulso, alargó su mano y estrechó la de Nan.

—Queda nombrada azafata de la *Randals Charter* —exclamó—. Sin avión, pero azafata.

Nan volvió a sonreír.

Después de aquello. Jay y Nan se dedicaron a repartir los escasos víveres de que aún disponían, cosa que no sucedió sin algunas protestas, especialmente por parte de la solterona. Finalmente todos quedaron satisfechos, después de lo cual empezó a discutirse la conveniencia de pasar allí la segunda noche.

Jay se dirigió hacia el policía, en unión de Alsoa, a fin de pedirle un consejo. Pero apenas había dado unos cuantos pasos cuando oyó la voz de Nan Dwison.

—¡Capitán!

Se volvió. Nan le hacía señas de que acudiera junto a la señora Rogers.

Fue hacia allí, arrodillándose junto a la mujer.

—Capitán —dijo Edna Rogers—, yo… quisiera… tenía que decirle algo importante…

—Está usted nerviosa, señora Rogers —dijo de repente una voz.

Jay y Nan levantaron la vista. Joâo Da Ninha se arrodillaba en aquellos momentos, sonriendo untuosamente a la vez que enseñaba un tubito que tenía en las manos.

—Le convendría tomar un sedante para dormir tranquilamente esta noche—. Su tono era insinuante, persuasivo—. Yo nunca viajo sin unas cuantas tabletas calmantes. Tome una, se lo suplico; ya verá qué bien se encuentra mañana.

Edna Rogers miró alternativamente a los dos jóvenes. Luego, con torpes movimientos, tomó una de las pastillas que le ofrecía el brasileño.

—Mañana se sentirá otra, ya lo verá.

—Sí… sí, gracias, señor Da Ninha —murmuró la atribulada mujer.

Jay carraspeó.

—¡Ejem! Señora Rogers, creo que dijo antes que tenía algo importante que manifestarme.

—¿Eh? Ah, sí. Está bien… Mañana, capitán. Ahora… me encuentro cansada y… Espero sepa disculparme, se lo ruego.

Jay procuró ocultar la decepción que le producía el cambio de actitud de la mujer.

—Por supuesto, no faltaría más. Señorita Dwison, ¿quiere atenderla?

—Sí, capitán.

La noche transcurrió lenta, tediosa. Jay durmió a ratos, despertándose en ocasiones para arrojar algunas ramas secas a la hoguera. Luego volvía a dormirse, pero su sueño era irregular, con pesadillas intermitentes en las cuales las pirañas y las mygalas bailaban frenéticas zarabandas.

Se despertó exhausto, con las ropas húmedas de sudor, como si hubiese estado caminando durante toda la noche. Torpemente caminó hacia donde estaba el agua para humedecerse un poco las fauces que tenía completamente secas.

De pronto sonó un grito.

—¡Mis medias! ¿Dónde están mis medias?

Jay respingó. Luego emitió un resoplido de desdén. Hacía mucho que la solterona no daba señales de vida.

Pero *miss* Briggson continuaba escandalizando.

—Esto es intolerable, vergonzoso. Exijo una investigación inmediata.

Me han despojado de las medias… que tenía puestas y para ello me han propinado un golpe en la cabeza que me hizo perder el sentido.

El joven alertó los suyos. ¿Qué diablos decía la inglesa?

Olvidó el agua por completo. Se acercó a la protestante.

—¿Qué es lo que ha sucedido, señorita Briggson? —dijo, tratando de mostrarse amable.

—¡Mis medias! ¡Este es un intolerable ultraje al pudor! ¡Me han despojado de mis medias, ofendiendo mi dignidad!

Jay frunció el ceño. Aquello le parecía muy extraño. Ni siquiera se echó a reír cuando la solterona le enseñé sus flacas piernas desnudas.

El alboroto era mayúsculo. En torno a la Briggson se iban reuniendo los pasajeros, atraídos por las voces.

—¿Está segura de que no se las quitó para descansar? —inquirió.

Ella se señaló la nuca.

—Mire aquí. Alguien se me acercó esta noche mientras descansaba. Me di cuenta de que pretendía de mi algo infame y me apresté a la defensa. Antes de que pudiera hacer algo, sentí un golpe terrible en la cabeza y…

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Jay.

—No lo sé. Había estrellas todavía en el cielo. ¿Cómo se me iba a ocurrir mirar en el reloj? Lo único que pretendía era salvaguardar mi virtud, amenazada gravemente…

Jay encontraba el relato cada vez más extraño. ¿Por qué razón había de ser atacada a golpes una mujer como *miss* Briggson y luego despojada de sus medias? ¿Qué intrigante suceso se escondía tras hecho tan singular?

De pronto sintió que una mano se le clavaba en el brazo.

Se volvió.

Era Nan. Los ojos de la muchacha brillaban enfebrecidos.

—Capitán —dijo roncamente—. Creo que ya he encontrado por lo menos una media de la señorita Briggson.

—¡Eh! ¿Qué dice?

Los labios de Nan carecían de color.

—Es… está allí. Mire.

Jay miró en la dirección indicada. Una horrible sacudida recorrió todo su cuerpo.

Una de las medias de la solterona estaba enrollada en torno al cuello de Edna Rogers.

CAPÍTULO VII

Jay corrió hacia donde yacía la mujer y la tomó el pulso. Le bastó el primer contacto para notar que aquella carne fría pertenecía a un cadáver.

Los ojos de Edna Rogers parecían ir a salirse de sus órbitas. Todo su rostro expresaba el inmenso horror de los últimos y espantosos momentos de su existencia.

Se incorporó lentamente, paseando la vista en torno suyo.

—Está muerta —declaró con énfasis dramático.

Teitle se arrodilló junto al cadáver. Examinó atentamente la media.

—El tipo apretó de firme —comentó.

—Las pirañas están de enhorabuena —exclamó Da Ninha, riendo casi histéricamente.

Jay le arrojó una mirada furibunda. Fue a hablar, pero no tuvo tiempo de despegar los labios.

Un grito agudísimo estalló en aquel instante.

—¡Moriremos todos! ¡Vamos a morir en esta maldita selva!

Nueve pares de pupilas se volvieron instantáneamente hacia Carmen Paço.

La azafata estaba en pie, temblando como un azogado, con los ojos dilatados por el horror. Gritos inarticulados brotaban de su garganta, mezclados con otros en los que anunciaba la muerte para todos.

Jay saltó hacia ella.

—¡Carmen! ¡Repórtese!

De pronto, la azafata dio media vuelta y echó a correr frenéticamente, mientras gritaba como poseída por el demonio, en medio de un paroxismo de locura.

—¡Sujétenla!

—Está loca.

—¡Cuidado!

En unos segundos, Carmen Paço se adentró en la espesura, sin hacer caso de las espinas que desgarraban sus ropas y arañaban su epidermis. Los gritos que profería eran verdaderamente horripilantes.

—Vamos —exclamó Jay. Teitle y Reyes se lanzaron tras el joven.

De pronto se oyó un grito mucho más agudo. Era el alarido de una persona en peligro, pero parecía proferido por una bestia y no por una mujer.

Jay salvó unos cuantos matorrales, dejándose entre las espinas jirones de ropa y de piel. Tras él, Teitle y el venezolano corrían apresuradamente.

Los gritos de la azafata estremecían el ambiente. De súbito, Jay alcanzó

el borde de un pequeño claro de la jungla...

Detúvose, estremecido de horror. El espectáculo que estaba presenciando era realmente impresionante, aterrador.

Carmen Paço había caído prisionera de unas lianas movedizas que se agitaban como verdes látigos en todas direcciones, como serpientes enraizadas al pie de un colosal árbol. Las lianas salían del suelo, en torno a una flor de colosal tamaño, de más de un metro de anchura, de pétalos blanco rojizos, muy gruesos y carnosos, que se estremecían con lentas sacudidas, como si la flor fuese un animal que se relamiese de placer ante la perspectiva de mi próximo y suculento banquete.

En el centro de la siniestra corola podían verse unos tentáculos mucho más pequeños que se agitaban con rapidísimas vibraciones, provocando ondulaciones en un líquido denso y transparente contenido en la flor, del que se desprendía un espantoso olor. Flotando en el líquido podían divisarse numerosos cadáveres de insectos devorados por la insaciable flor carnívora e incluso en el fondo de la corola había algunos huesecillos, procedentes de pequeños animalillos que habían corrido la misma espantosa muerte a que estaba abocada la azafata si no la salvaban pronto.

Jay comprendió que se hallaba ante una planta carnívora jamás vista hasta entonces por ojos humanos. Había oído hablar de vegetales semejantes, pero siempre había considerado los relatos referentes a los mismos como fantasías de viajeros dados a la exageración, Ahora tenía delante un colosal ejemplar, de cuya existencia era imposible dudar.

Las lianas eran gruesas como el brazo de un chiquillo y se agitaban como serpientes ancladas en tierra. Carmen Paço gritaba y se debatía frenéticamente, rodeado su cuerpo por dos o tres de aquellos tentáculos vegetales que, lenta e irresistiblemente, la iban arrastrando hacia la corola devoradora de seres vivientes.

El olor provenía de los jugos digestivos de la planta en plena excitación y resultaba tan insoportable como mareante. Era imperativo hacer algo por la muchacha o acabaría devorada tras una horripilante agonía.

Jay saltó hacia adelante y se agarró con todas sus fuerzas a uno de los tentáculos, cuya superficie exudaba un licor viscoso y repugnante. Tiró con todas sus fuerzas sin conseguir nada positivo.

—¡Espere! —gritó Teitle, acercándosele.

El yanqui sacó su navaja de resorte, abriéndola de golpe. Cortó el tentáculo con dos tajos bien dirigidos, pero apenas lo había conseguido, otro se le enrolló en torno a la cintura.

—¡Maldición! —juró Teitle.

Reyes no podía hacer nada, excepto arrojar palos, piedras y todo cuanto encontraba al centro de la monstruosa flor. Los pétalos se agitaron violentamente, como irritados por aquel ataque inesperado.

A pesar de sus esfuerzos, Carmen continuaba siendo arrastrada

lentamente hacia la flor. Ya había perdido el conocimiento y no era otra cosa que un cuerpo inerte en el que apenas latía una débil señal de vida.

Teitle cortó otro tentáculo. Y luego un tercero. Pero aún quedaban varios más, tres de ellos sólidamente enrollados en torno al cuerpo de la azafata.

Reyes seguía arrojando piedras y ramas al centro de la maléfica corola. Chorreando sudor por todos los poros de su cuerpo, Teitle cortó un tentáculo tras otro, hasta conseguir liberar por fin el cuerpo de la infeliz azafata.

Jay saltó hacia adelante. Agarró a Carmen por debajo de los brazos y la arrastró hasta lugar seguro.

Nan y el brasileño llegaban en aquel momento. Los dos se quedaron horrorizados al contemplar el espectáculo.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¿Es esto posible?

Jay respiró hondamente.

—Es la cosa más horrenda que he visto en los días de mi vida —declaró—. Siempre oí hablar de plantas carnívoras, pero nunca pensé que pudieran existir ejemplares de un tamaño semejante.

Algunos tentáculos no habían sido cortados y se agitaban espasmódicamente en busca de nuevas presas. Los pétalos se movían con espesas ondulaciones.

—Trata de expulsar los cuerpos que su instinto le dice que son indigeribles —declaró Da Ninha.

—¿Es posible que un vegetal tenga instinto? —exclamó Nan Dwison.

El brasileño la miró oblicuamente.

—¿Por qué sus tentáculos atacaron a la señorita Paço? El instinto le dijo que nuestra azafata era un manjar suculento y en consecuencia actuó...

—Será mejor que nos dejemos de discusiones y atendamos a la señorita Paço —rezongó Jay—. Este choque ha podido ser fatal para ella.

Carmen continuaba sin conocimiento. Respiraba sosegadamente, pero resultaba patente que cuando desapartase iba a reaccionar de modo catastrófico.

—Y aún tenemos otra cosa que hacer todavía —dijo Reyes.

Jay se volvió hacia el venezolano.

—Recuerde, capitán; se ha producido otro asesinato.

—Es cierto —murmuró el joven. Y de repente, se acordó de un detalle—: ¡Señor Da Ninha!

—Dígame, capitán.

—¿Por qué vino anoche a ofrecer un sedante a la señora Rogers?

—Bien, me pareció que necesitaba descansar después de la muerte de su esposo.

—En el momento en que usted intervino, ella me iba a relatar algo

importante. La señorita Dwison, aquí presente, es testigo de ello. Después, Edna Rogers ya no quiso hablar.

Da Ninha se sofocó.

—¡Capitán! No irá usted insinuar que tengo algo que ver con la muerte de esa mujer, ¿verdad?

—Yo me limito a señalar los hechos —respondió el joven fríamente—. De no haber sido por su intempestiva aparición, quizá la señora Rogers me hubiese comunicado algo muy interesante.

—¿Puede saberse con referencia a qué, capitán? —preguntó el brasileño con insolencia.

Jay lo miró de frente.

—Quizá con relación a la muerte de Alvares y a la desaparición de su maletín.

Da Ninha se encogió de hombros.

—Conmigo se equivoca, capitán. Yo no tuve nada que ver con la muerte del gordinflón ni, por supuesto, con la de Edna Rogers.

Teitle intervino.

—Me parece que debiéramos regresar al campamento —tenía a Carmen Paço en los brazos—. Esta chica necesita atención inmediatamente.

—Si hubiese un médico entre nosotros —se lamentó el joven—. Pero murió el único que viajaba en el avión...

—¿A quién se refiere usted? —preguntó Reyes.

—Al doctor Rogers, naturalmente.

—Era doctor en Teología, no en Medicina —dijo Nan sorprendentemente.

—¿Lo conocía usted con anterioridad?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Hablamos brevemente en el aeropuerto, poco antes de la partida. Entonces nos presentamos y lo supe.

—Es singular —comentó Jay apagadamente—. Bien —resolvió—, vámonos de aquí.

Momentos después llegaban al campamento, siendo acogidos con curiosidad aunque sin efusión, por los que se habían quedado allí. Teitle dejó el cuerpo de la azafata en el suelo, colocándole una manta doblada bajo la cabeza.

Jay se dirigió a la muchacha.

—Esté a su lado para cuando despierte.

Nan respondió afirmativamente. Entonces, el joven dijo:

—Por favor, señorita Briggson, caballeros, ¿quieren acercarse y sentarse en círculo a mí alrededor?

Hasta el policía, unido a su inseparable preso, obedeció en esta ocasión. Hubo algunas toses y carraspeos y luego Jay empezó a hablar:

—Este es el tercer día de nuestra estancia en la selva. Han muerto tres

personas de las que partimos de Manaos, dos de ellas violentamente y con premeditación. Esto, dicho lisa y llanamente, significa asesinato.

—Entonces, busque al asesino, capitán —dijo *miss* Briggson con energía.

Jay la dirigió una mirada llena de reproche.

—A eso vamos —contestó—. Hablemos del primer muerto.

“El señor Alvares fue asesinado, en mi opinión, porque poseía algo que interesaba sobremanera al homicida: el maletín. Aquel maletín del cual no se separaba en ningún momento y bajo ningún pretexto. ¿Qué contenía? ¿Qué había en su interior?

“Quizá lo sepamos más adelante, pero, entretanto, bueno será que sepan que el señor Alvares había pagado todos los pasajes que no se habían podido vender hasta antes de la partida. Como ustedes recordarán, la *Randals Charter* es una empresa...

—Era, está mejor dicho —exclamó Da Ninha burlonamente.

Jay hizo caso omiso a la interrupción.

—... una empresa dedicada a viajes irregulares y dependientes siempre de la demanda en determinada dirección. Teníamos ya diez pasajes para Georgetown y seguramente habría vendido algunos más, los suficientes para cubrir gastos y ganar algo, desde luego, pero eso no pudo ser porque el señor Alvares los adquirió todos. ¿Por qué tanto empeño en viajar a Georgetown tan rápidamente? ¿Alguno de ustedes lo conoció con anterioridad? Si esto es así, le ruego lo manifieste, con el fin de aclarar lo más pronto posible las causas de su muerte.

Jay calló unos instantes, escrutando los siete rostros que tenía ante sí. Nan estaba un poco más allá, escuchando atentamente junto a la azafata, que continuaba sumida en la inconsciencia.

—Bien —dijo al cabo, exhalando un gran suspiro—, veo que nadie sabe nada. Por mí parte puedo decir que me encuentro en idénticas condiciones con respecto al señor Alvares. Hablemos ahora de la señora Rogers.

Su mirada se hizo más profunda.

—Es evidente, para mí, que la señora Rogers vio algo relativo a la muerte de Alvares y quiso comunicármelo. Pero la intervención del señor Da Ninha frustró sus propósitos. Entonces, el asesino quiso evitar una posible delación y la mató por el método que todos sabemos. De los trece que éramos al despegar de Manaos, quedamos diez —inspiró profundamente—. El asesino está entre nosotros. Es uno de los diez. Usted, señor Da Ninha; usted, señor Teitle; usted, señorita Briggson... Cualquiera de nosotros puede ser el criminal...

—¡A mí no me acuse usted! —chilló la solterona—. Yo soy inocente del crimen que se me imputa. Soy una ciudadana británica y en cuanto lleguemos a Georgetown, presentaré una demanda contra usted, capitán. Le exigiré daños y perjuicios...

—Por favor, señorita Briggson —la interrumpió Jay con impaciencia—. Déjese de lamentaciones que no conducen a ninguna parte y pórtese de una vez como una persona. Dese cuenta que estamos tratando de hallar a un asesino que se encuentra entre nosotros y que, si no es detenido a tiempo, puede causar más muertes todavía.

CAPÍTULO VIII

Un profundo silencio siguió a las palabras del joven. Fue roto por el silbidito de Reyes.

—Oh, cállese, por el amor de Dios —exclamó el brasileño, exasperado —. Estos no son momentos de silbar cancioncillas vulgares.

—¿Preferiría sin duda escuchar alguna cantata de Bach? —preguntó Reyes sarcásticamente.

El cetrino rostro de Da Ninha se tornó del color de la púrpura. Sus manos se crisparon y por un momento pareció se iba a arrojar contra el venezolano.

—Por favor, caballeros —intervino Jay—. Un poco de moderación, se lo ruego.

—¿Qué tenía Alvares en el maletín? —preguntó Teitle bruscamente—. ¿Qué vio la señora Rogers? Estas son las dos preguntas que necesitan contestación. Conociendo estas, podremos hallar al asesino, capitán.

—Opino lo mismo que usted —concordó el joven—, pero no tengo la menor idea respecto a ambas cosas. Lo único que puedo decir es que el señor Alvares debía tener mucha prisa cuando no quiso esperar al avión regular que hace dos viajes por semana a Georgetown y que partió dos días después del nuestro. En lugar de ello, prefirió correr con el gasto, nada pequeño, que supone abonar doce pasajes más, con tal de llegar en el mismo día a Georgetown.

—Pues sus prisas no le han servido para nada —comentó Reyes sarcásticamente—. Y las pirañas se están relamiendo ahora.

Sonó un ruido singular. Miss Briggson tenía la mano sobre la boca.

—Ahorre detalles macabros, por favor, señor Beyes —dijo el joven.

—Lo siento —murmuró divertidamente el venezolano. Las bascas que sufría la solterona le hacían muchísima gracia.

Jay miró al policía.

—Señor Spruance, ¿qué puede manifestar usted al respeto?

El aludido levantó los hombros.

—Nada, capitán. Simplemente, me enviaron de Georgetown para recoger a Breather. Llegué a Mansos, pernocté una noche… y eso es todo cuanto puedo decirle.

—¿No ha visto ni oído algo sospechoso durante la pasada noche?

—En absoluto.

Jay miró al policía de modo oblicuo.

—Y, sin embargo, se supone que ha de vigilar a su prisionero.

Spruance se encogió de hombros. Luego levantó la mano izquierda.

—Con esto tengo más que suficiente. Además, ¿dónde podría ir Breather en estas circunstancias? Y, por último, también tengo derecho al descanso, ¿no cree?

Jay se mordió los labios.

—Eso es todo, muchas gracias. ¿Señor Teitle?

El yanqui meneó la cabeza.

—No. No he visto nada.

Jay volvió la vista hacia Reyes.

—Me levanté una vez a estirar las piernas —manifestó el venezolano—. Luego eché un par de ramas muertas a las brasas. Pero todo el mundo dormía. O al menos, así me lo pareció a mí.

—¿Señor Da Ninha?

—Dormí durante toda la noche.

—¿Fernando?

—No he visto nada.

Jay levantó ligeramente la voz.

—¿Señorita Dwison?

La muchacha dio su respuesta desde el sitio en que se hallaba, junto a la azafata.

—El señor Reyes tiene razón. Yo le vi levantarse. Echó un par de ramas a la hoguera. Al cabo de unos minutes volvió a acostarse.

—¡Vaya! —exclamó el joven, mirando hacia el venezolano—. Parece ser que había alguien que no dormía.

Reyes alzó los hombres.

—¿Y yo qué sé? No me ocupé de los durmientes, eso es todo.

—¿Señorita Dwison? —repitió el joven.

Ella entendió la interrogante.

—Fue un momento tan solo. Abrí los ojos y vi al señor Reyes que se levantaba. Pero no me moví del sitio ni tampoco le concedí importancia alguna al hecho.

—¿Puede precisar la hora, con alguna aproximación? Nan movió la cabeza.

—¿Señor Reyes?

—Lo siento. Se me había parado el reloj.

—¿Se alejó del campamento?

—Sí.

—¿Cómo cuánto?

Reyes hizo un gesto vago.

—Quince, veinte metros quizá.

—¿En qué dirección?

La mano del venezolano señaló hacia el claro, pero en sentido oblicuo.

—Hacia allí.

Jay frunció el ceño. La dirección resultaba un tanto extraña.

—¿Qué fue a hacer usted por esos parajes? —preguntó.

Reyes frunció los labios con gesto de impaciencia.

—Capitán, soy un hombre y no un semidiós. Por lo tanto, estoy sujeto a ciertas limitaciones físicas, ¿comprende?

Jay enrojeció. Sonó una risita irónica. Procedía de Da Ninha.

Entonces sonó una voz que había permanecido silenciosa hasta entonces.

—¿Capitán?

Era el prisionero. Breather levantó su mano derecha, unida a la izquierda de Spruance.

—Se ha olvidado usted de mí.

—Es cierto —murmuró el joven—. ¿Tiene algo que contar, Breather?

—¡Ya lo creo! —respondió el preso con viveza—. Yo también vi al señor Reyes levantarse y marchar en la dirección que ha dicho. Pero lo que no ha expresado es el punto por dónde volvió.

—¡Cómo! ¿Lo vio usted?

—Claro —exclamó Breather—. Me había despertado unos momentos antes y permanecí un buen rato desvelado, aunque no quise moverme para no despertar al poste que tengo a mi lado —Spruance no se inmutó—. El señor Reyes, estuvo fuera del campamento como quince o veinte minutos. Luego regresó por la parte donde dormía la señora Rogers.

Jay miró al venezolano.

—Eso es grave, señor Reyes.

—¿Va a creer usted a un maldito asesino? —exclamó Reyes furiosamente—. Es cierto, sí; regresé por aquel punto, pero cuando lo hice, la señora Rogers estaba viva todavía.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Jay rápidamente.

—La vi moverse. Luego murmuró algo entre sueños.

—¿Por qué no lo dijo antes? —inquirió Jay con el ceño arrugado.

—Bueno —Reyes se sentía un poco embarazado—, no quería... Demonios, la señorita Dwison y la azafata dormían también junto a aquel lugar; usted ya sabe que las mujeres se han agrupado. No quise que nadie sospechase nada malo de mí.

—Y al ocultar ese detalle, ha dado lugar a las sospechas que usted quería evitar —dijo Jay.

—Bueno, yo me refería a otra cosa. No quería que pensasen que me aprovechaba del sueño de las mujeres... —miró ofensivamente a la solterona—, me refiero a las mujeres jóvenes y bonitas, ¿comprende?

—Sí —dijo Jay—. Pero lo que no entiendo es por qué regresó por un punto diametralmente opuesto al que partió.

—Que le diga Breather lo que llevaba en las manos al volver.

—Lena —contestó el preso.

—Ahí tiene la respuesta. Ya que me había levantado, busqué unas

cuantas ramas secas para la hoguera. Arrojé dos y dejé el resto aparte.

Jay meditó unos segundos. Luego se dirigió nuevamente al venezolano.

—Señor Reyes, dijo que había visto moverse a la señora Rogers y murmurar algo entre dientes. ¿Logró entender lo que decía?

Reyes se concentró. Al cabo de unos segundos, contestó:

—Desde luego le oí el nombre de su esposo, Tom. Lo repitió dos o tres veces. Luego una palabra: "antes". También la repitió un par de veces.

—¿Nada más?

—No —respondió Reyes escuetamente.

La voz de Nan se oyó en aquel momento.

—Capitán, parece que la azafata se va a despertar.

Jay se puso en pie de un salto y corrió junto a las dos jóvenes. Carmen Paço se agitaba fuertemente y murmuraba algo que no se la podía entender.

De pronto abrió los ojos con expresión de horror y lanzó un fuerte grito. Nan Dwison trató de sujetarla por los hombros, pero sus fuerzas no eran suficientes.

—¡Señor Teitle! —llamó el joven.

El fornido yanqui acudió al momento, haciéndose cargo de la situación en un instante. Pronto tuvo dominada a la azafata, la cual, pasada la primera fase de paroxismo nervioso, cayó en otra de llanto incontenible.

—Si tuviéramos algún calmante para hacerla dormir un buen rato — dijo Nan.

Entonces Jay se acordó de una cosa. Poniéndose en pie, se acercó al brasileño.

—Señor Da Ninha —preguntó—, ¿puede usted darme un par de tabletas de su sedante?

—Con mucho gusto, capitán —contestó el aludido. Echó mano al bolsillo, pero de pronto frunció el ceño.

Examinó el otro bolsillo. Acabó registrándose de arriba abajo, sin que sus esfuerzos dieran el menor resultado.

Con el semblante lleno de consternación, miró al joven.

—Lo siento, capitán. He perdido el tubo.

—¿Qué? —exclamó el joven. Y de pronto concibió una sospecha—. ¿No lo habrá perdido adrede?

Da Ninha se irritó.

—¿Por quién me ha tomado usted, capitán? —gruñó airadamente.

Jay le contempló con fijeza.

—Fue usted muy oportuno al intervenir cuando la señora Rogers quería contarme aquello tan importante. Y ahora va y pierde las pastillas. ¿No le parece todo esto un poco raro?

—Espero que no me esté acusando usted de la muerte de la señora Rogers —dijo el brasileño incisivamente.

—Quizá se limitó a ser el cómplice —respondió Jay sin inmutarse.

—¡Váyase al diablo! —barbotó Da Ninha. Y sin más, le volvió la espalda.

Jay regresó junto a Nan. El acceso de llanto de Carmen Paço parecía haberse atenuado.

—Le haré un poco de café —sugirió la muchacha.

—Está bien.

Teitle cuidaba de la azafata solícitamente. Jay no dejó de captar el detalle, aunque no manifestó nada al respecto.

Mientras tanto, Alsoa había cubierto el cadáver de Edna Rogers con una manta. Al terminar, se aproximó al joven.

—Jay, ¿qué hacemos con la muerta?

El joven levantó la vista hasta el rostro de Teitle. El yanqui hizo una mueca.

—Tendremos que arrojarla al río —dijo al cabo, y Jay asintió pesadamente.

Vino la solterona.

—Necesitaría ir al avión, capitán.

—¿Para qué? —preguntó Jay intrigado.

—Tengo allí un maletín con un par de medias de repuesto.

—Bueno. El copiloto la acompañara, si ese es su deseo. ¿Quieres ir con ella, Fernando?

—Desde luego.

Momentos después vino Nan con el café. Teitle ayudó a la azafata a sentarse y Carmen tomó la infusión a pequeños sorbos.

Era evidente que aún no se había recuperado del todo.

Su expresión continuaba siendo de terror y su mirada era opaca, ausente, divagadora. Claramente podía advertirse que su mente había sufrido un rudo choque.

De pronto sonó un grito.

—¡Miren!

Reyes tenía el brazo extendido y señalaba hacia un punto situado a pocos pasos del campamento. Todos volvieron el rostro al instante.

Un extraño animal había aparecido de repente, surgiendo de la vegetación. Parecía una mezcla de cerdo y jabalí, con hirsutas cerdas de color rojo oscuro y sus menudos ojillos miraban con suspicacia en todos los sentidos.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó el yanqui.

Jay se esforzó por bucear en sus conocimientos de zoología.

—Si no me equivoco, se trata de un pecarí, el cerdo, o el jabalí, como quiera llamársele, de las selvas tropicales americanas.

—¿Y *eso* se come? —preguntó Teitle ansiosamente.

—Si se le puede echar mano, ya lo creo.

—Entonces, no se hable más —murmuró Teitle. Sacó su navaja, presionó el resorte y la hoja se desplegó en el acto.

El yanqui se puso en pie, con la vista fija en el pecarí, que ramoneaba los brotes tiernos de las plantas al nivel del suelo. No parecía muy asustado de la presencia de los humanos cerca de él, pero no por ello dejaba de mirar con frecuencia a su alrededor.

—Señor Spruance —dijo el joven sin alzar la voz—, ¿por qué no le dispara un tiro? —Temía que el pecarí, un animal veloz, echase a correr antes de que Teitle lo hubiese podido alcanzar.

Spruance no contestó. Sacó la pistola, movió la corredera lentamente y luego tomó puntería.

Partió el tiró. El pecarí clavó, pero se incorporó en el acto, agitándose frenéticamente a la vez que de su boca salían atroces gruñidos.

Teitle se lanzó hacia adelante como impulsado por una catapulta. Jay corrió tras él, agarrando al pasar una fuerte rama caída en el suelo.

—¡Cuidado con los colmillos! —gritó.

El pecarí había recibido una herida en el omoplato derecho, pero no era mortal, pese a su gravedad. Furioso, se arrojó contra Teitle, quien lo recibió con un fenomenal puntapié en el morro que lo lanzó patas arriba por el suelo. Luego, antes de que la bestia pudiera recuperarse, se arrojó sobre ella, clavándole el cuchillo en la garganta hasta la empuñadura.

Momentos después, Teitle se incorporaba, sonriendo satisfecho. Limpió la hoja de la navaja en sus propios pantalones y exclamó:

—Bueno, hoy tendremos asado de jabalí. ¿Qué, capitán, preparamos la hoguera?

Jay sonrió complacido.

—Naturalmente, señor Teitle —contestó.

CAPÍTULO IX

La carne del pecarí asada estaba suculenta. Incluso pudieron echarle algunos granitos de sal, hallada esta en la cocineta del aparato, con lo que su sabor ganó notablemente.

—Bueno —dijo Teitle, pasándose la mano por el estómago repleto—, y ahora, cumplamos con un penoso deber. No, no se muevan, yo lo haré.

Jay creyó que era su obligación acompañar al yanqui. Este cargó con el cadáver de la señora Rogers, que parecía más pequeña que nunca en su inmovilidad definitiva.

Volvieron media hora después, profundamente silenciosos. Sin pronunciar palabra, Teitle se sentó junto a la azafata, tratando de hacerla volver a la normalidad.

El día transcurrió con tediosa lentitud. Jay escrutaba el cielo con frecuencia, sin que en ningún momento viese y ni mucho menos oyese el menor sonido delator de aviones de rescate. Al atardecer empezó a perder las esperanzas.

Estaba al borde del claro, Cruzado de brazos, cuando de pronto oyó crujir la hierba a sus espaldas.

Se volvió.

—Hola, señorita Dwison.

—¿Qué hace aquí, capitán? —preguntó ella.

—Mirar al cielo… que es tanto como perder el tiempo.

—¿Oree usted que vendrán a rescatarnos?

—A la fuerza tienen que enviar algunas patrullas a Investigar. Nuestro retraso habrá alertado a las Fuerzas Aéreas brasileñas y el comandante de la base de Manaos habrá destacado algunas unidades para explorar la selva.

Nan asintió.

—Pero es tan grande —dijo descorazonada—. Con sinceridad, capitán, ¿qué opina usted de nuestra situación?

—Podría darle esperanzas, señorita Dwison…

—Nan para usted, capitán —interrumpió ella suavemente.

—Pues bien, Nan —siguió él—. La situación no tiene nada de agradable. Ya es mala de por si cuando en tres días los aviones de rescate no han dado la menor señal de vida; pero la gravedad se agudiza al haberse producido dos asesinatos y una muerte accidental. Además…

Jay se interrumpió, vacilante.

—Siga —le acució ella—. ¿Qué iba a decir?

El joven se mordió los labios.

—No quisiera parecer demasiado pesimista... pero noto cierta tensión en el ambiente, una especie de excitación que no acaba de gustarme.

—¿Insinúa que pueden producirse más asesinatos? —exclamó Nan, estremeciéndose.

—No sé —dijo él con acento irresoluto—. Está de por medio el maldito maletín de Alvares. ¿Qué podía contener que le forzó a comprar doce pasajes aparte del suyo? Si pudiéramos averiguar lo concerniente a este detalle, tendríamos recorrido la mitad de camino.

—¿Tan valioso estima usted el conocimiento del contenido del maletín?

Jay movió la cabeza afirmativamente.

—Para mí es la clave de todo —dijo—. Desesperado, levantó las manos al cielo—. ¡Pero soy un piloto, no un policía!

—La verdad es que Spruance no se muestra demasiado cooperador —manifestó la joven.

—Está preocupado por su preso y en ello no le falta razón. Leí los periódicos; "Killer" Breather es un sujeto muy peligroso.

Y al pronunciar estas palabras, Jay miró rectamente a la muchacha.

Nan enrojeció, turbándose un tanto.

—Usted conoce a Breather —dijo él con tono acusador.

Nan se mordió los labios.

—Por favor —murmuró ella roncamente.

—¿Qué es Breather para usted? —insistió Jay.

El pecho de Nan se movió perceptiblemente.

—Capitán, le ruego que... No quisiera hablar del asunto, a menos que se me fuerce a ello.

—Yo no lo haré, Nan —expresó Jay con acento cariñoso—. Pero he sorprendido en más de una ocasión las miradas que se han cruzado entre ustedes dos y ello me ha extrañado bastante, cuanto más que las de Breather no eran precisamente miradas de admiración hacía una mujer hermosa como usted.

Nan sonrió débilmente.

—Gracias por sus elogios, Jay. En efecto —añadió—. Breather y yo nos conocemos de antiguo... pero no quiero añadir más por ahora.

Jay hizo un gesto de resignación.

—A su gusto —murmuró—. ¿Volvemos al campamento?

Ella asintió. Momentos después estaban en el lugar elegido para permanecer en tanto no fueran rescatados.

Al verlos llegar, *miss* Briggson se sentó en el suelo como impulsada por un resorte.

—¡Capitán! —llamó con voz hiriente.

—Sí, señorita Briggson.

—¿Qué hay de los aviones de salvamento?

—Sé tanto como usted, señorita Briggson. Eso quiere decir que supongo

que nos están buscando, pero no puedo añadir ni una sola palabra más.

Los ojillos de la solterona brillaron malévolamente.

—Está seguro de lo que dice, capitán.

Jay se envaró.

—¿Por qué pregunta tal cosa? —dijo con tono glacial.

—Según usted, tomamos tierra en un sector situado dentro de la línea regular de vuelo de los aviones de pasajeros de Manaos a Georgetown y viceversa.

—Así es, señorita Briggson.

—Bien —exclamó la británica triunfalmente—, entonces, ¿cómo se explica usted que en estos tres días no hayamos escuchado siquiera el zumbido de un solo aparato? Ya no hablo siquiera de los de rescate, sino de los que hacen vuelos regulares a Georgetown. Ayer tenía que haber pasado el de la *Panair de Brasil,* ¿no es cierto?

Jay se mordió los labios. La Briggson tenía toda la razón.

—Pudo habernos pasado desapercibido —alegó—. A cinco o seis mil metros de altura, no siempre es fácil escuchar el ruido de motores de un avión de línea, señorita.

—¿Usted cree, capitán? —El acento de la solterona continuaba lleno de perversidad—. Escuché la conversación que sostuvo con su copiloto la primera noche de nuestro aterrizaje. El copiloto sostenía que la tormenta pudo habernos desviado de nuestra ruta. ¿Qué me contesta a eso, capitán?

El joven se mordió los labios. Había querido callar aquel detalle para evitar se propagase el pánico entre los pasajeros, y ahora venía aquella maldita charlatana a destapar el pastel. Deseó que la tierra se abriese y se la tragara.

—Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta, señorita Briggson —dijo—. No obstante, el desvío ha sido mínimo...

—Pero lo suficiente para que los aviones de salvamento no nos divisen —le atajó ella secamente.

Jay se mordió los labios para no soltar una inconveniencia.

—Escúcheme, señorita Briggson. Cuando un avión sufre un aterrizaje forzoso es un paraje desconocido, los aviones de salvamento no se limitan a efectuar vuelos de rutina, sino que cubren grandes extensiones de terreno, volando en círculos de decenas y aún cientos de kilómetros de diámetro. No es improbable, pues, que no nos hayan visto todavía, lo cual no quiere significar que en cualquier momento pueda aparecer uno de esos aparatos y avistarnos.

—¿Y cómo nos verá? —preguntó Da Ninha.

—El avión brilla a los rayos del sol. Además, el claro es bastante grande, y lo mismo que lo divisé yo, lo puede ver el aparato de reconocimiento. Un claro en la selva brasileña no es cosa muy frecuente y salta a la vista rápidamente.

—¿Y por qué no hacer señales con humo? —sugirió Reyes—. Una buena hoguera con ramas verdes causaría una gran humareda, capaz de ser divisada desde grandísima distancia. ¿No queda nada de gasolina en el avión?

—Por supuesto.

—Bien, entonces, mañana por la mañana, si le parece, podríamos hacer algo en tal sentido, capitán. Reuniremos ramas verdes y echaremos encima algunos litros de gasolina. Una humareda en la selva es aún más rara Que un claro.

—Es una buena idea, señor Reyes —aprobó el joven—. Mañana, apenas amanezca, empezaremos a trabajar. ¿De acuerdo todos?

Esta vez hasta la señorita Briggson dijo que sí.

Llegó la noche. Después de cenar otra vez carne asada de pecarí, se tendieron a dormir.

Jay tardó bastante en conciliar el sueño. Finalmente se durmió.

Despertó mucho más tarde, súbitamente sobresaltado por una idea que acababa de ocurrírsele en sueños. Se sentó en el suelo, frotándose los ojos hasta despabilarse por completo.

“Es cierto —murmuró. ¿Cómo no se me habrá ocurrido?”

Miró hacia el claro, donde a la luz de las estrellas se divisaba la masa oscura del avión siniestrado. De pronto le pareció advertir una lucecita que se movía junto al fuselaje.

Todos sus músculos se tensaron de inmediato. ¿Quién estaba en el interior del aparato y qué hacía allí a una hora tan intempestiva?

Presa su ánimo de una irrefrenable curiosidad, echó a andar hacia el avión, procurando no causar el menor ruido con sus pisadas. Sí, había alguien en el aparato.

La luz oscilaba, apareciendo y desapareciendo con irregulares intermitencias. Pronto pudo comprobar Jay que se trataba de una lámpara eléctrica portátil.

Poco a poco fue ganando espacio, hasta situarse a cortísima distancia del fuselaje. Entonces, muy lentamente, fue dando la vuelta por la parte de la cola, con el fin de alcanzar la portezuela que estaba situada en el lado opuesto.

Ya tenía la portezuela a la vista. De pronto oyó un ruidito sospechoso a su espalda.

Quiso volverse, pero en el mismo momento algo estalló dentro de su cabeza con atronador estruendo. Las estrellas se multiplicaron rapidísimamente millares de veces, disolviéndose luego en una noche de insondable negrura.

CAPÍTULO X

Despertó bastante más tarde, sintiendo una voz junto a sus oídos.

—Capitán, capitán.

Emitió un gemido de dolor. Vagamente se dio cuenta que tenía la mejilla apoyada contra algo cálido y blando. Una mano le sacudió el rostro con débiles golpecitos.

El dolor pareció ir a atravesarle la cabeza de lado a lado.

—Oh —gimió—. ¿Qui… quién es usted? —Aún no se atrevía a abrir los ojos.

—Nan, capitán. Cuénteme, ¿qué le ha sucedido?

Jay se dio cuenta vagamente de que la muchacha estaba sentada sobré sus talones y que tenía la cabeza apoyada contra el pecho de ella. La postura era muy agradable, pero… ¡aquel maldito dolor en la nuca!

Se arriesgó a abrir los ojos. Ya empezaba a amanecer.

—¿Cómo está usted aquí, Nan? —preguntó laciamente.

—Vine… se me ocurrió una idea… Ya se lo contaré ahora, pero primero dígame cómo se encuentra —exclamó ella con ansiedad.

Jay trató de sentarse. Después de unos cuantos mareos, lo consiguió.

Sacudió la cabeza. El dolor iba y venía en crueles oleadas, pero cediendo lentamente por momentos.

—Me desperté —Me desperté de pronto —contestó él poco después—. Quería venir aquí para ver si encontraba una cosa… Bueno, entonces divisé una luz dentro del avión. Esto me llamó la curiosidad; me pregunté quién podía estar aquí a una hora tan inadecuada. Conque me acerqué a investigar… y cuando iba a alcanzar la puerta, alguien me atacó por detrás, golpeándome en la nuca. Eso es todo lo que puedo decirle, Nan.

Ella se mordió los labios pensativamente.

—Sí que es extraño —murmuró—. ¿Y no tiene idea de quién pudo haber sido?

Jay meneó la cabeza. El gesto le costó un gemido de dolor.

—No lo sé, aunque sí puedo asegurar que eran dos.

—¡Cómo! —exclamó Nan muy asombrada.

—Así como lo oye. Uno estaba dentro del aparato; no había tenido tiempo de salir; luego evidentemente tenía que tratarse de dos personas.

—¿Y qué pretendían hacer aquí, Jay?

—¿Por qué no tratamos de averiguarlo y examinamos el interior del aparato?

—Es una buena idea —Nan se puso en píe y alargó la mano, ayudando al joven a incorporarse. Jay vaciló unos instantes, aunque no tardó mucho

en recobrarse.

Entraron en el aparato. El interior de la cabina de pasajeros aparecía normal, salvo por un detalle.

En las rejillas situadas sobre los asientos se divisaban todavía algunos maletines y bolsos de mano de los pasajeros. Dos de ellos, sin embargo, yacían por el suelo abiertos de par en par y con su contenido totalmente desparramado en una espantosa confusión.

—Esto es lo que hacía el individuo a quién yo divisé desde el campamento —murmuró Jay. Se agachó tomando un bolso de mano, con la insignia de la *Panair de Brasil* en uno de sus costados. Del asa pendía una etiqueta con el nombre de su dueño: Tom Rogers.

—Sí que es extraño —murmuró ella.

El otro bulto desventrado era un maletín y llevaba el nombre de Kent Teitle pendiente del asa. Solo se veían objetos de aseo, un pijama, una camisa limpia, algunos pañuelos y un par de calcetines.

—No lo entiendo, no lo entiendo —murmuró él—. Han registrado los equipajes de mano de dos tipos tan dispares como el difunto Rogers y Teitle. ¿Por qué?

Nan no supo qué contestar. También estaba muy intrigada y desconcertada por el extraño suceso. Todo aquello tenía un aire de misterio que les hacía cavilar profundamente, sin que pudiesen hallar una respuesta a las interrogantes planteadas.

—De todas formas —dijo el joven—, no han registrado los equipajes pesados, que están guardados en la bodega correspondiente.

—¿Está cerrada?

—Claro. Carmen Paço tiene la llave. Se la pediré más tarde y haré que Teitle me enseñe el contenido de su equipaje. Recuerdo que facturó una maleta de regular tamaño y aspecto corriente.

—¿Y los Rogers?

—Me parece que fueron dos maletas bastante grandes. Las examinaremos también. Pero haré que haya alguien presente, a fin de evitar más adelante torcidas interpretaciones.

—Una buena idea, evidentemente —aprobó la muchacha—. Y ahora, voy a sacar mi receptor de transistores.

Jay la miró con infinito asombro.

—¡Nan!

—¿Qué le sucede, Jay? —preguntó ella, atónita.

El joven sacudió la cabeza.

—Luego hablarán de telepatía. ¿Sabe? cuando me desperté esta noche se me ocurrió pensar que, puesto que nuestra radio está inutilizada, tal vez alguno de los pasajeros tuviese algún receptor portátil con él cual captar algún boletín de noticias que pudiera facilitarnos una idea aproximada de nuestra situación.

Nan sonrió agradablemente.

—Celebro que los dos hayamos tenido la misma idea. Vamos a ver si aún está aquí. No quise usarlo en vuelo, recordando la prohibición.

—Sí —dijo él—, las radios portátiles suelen interferir la recepción y transmisión de mensajes en vuelo de la del avión. Ya produjeron alguna catástrofe y por eso la I.A.T.A. acabó por prohibirlas. Me refiero a la Organización Civil Internacional de Transporte Aéreo, naturalmente.

Nan asintió. Buscó el sitio que había ocupado y no tardó en hallar un gran bolso de mano, de cuero natural, que Jay descolgó galantemente.

La muchacha descorrió el cierre relámpago. Algo brilló en el interior del bolso.

Jay metió rápidamente la mano extrayendo una pistolita de cachas de nácar, calibre 32.

Miró acusadoramente a la muchacha.

Nan enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó con voz cortante.

—No quería que lo supiese usted —respondió ella.

—Algún motivo tendría, ¿no?

Nan desvió la vista a un lado.

—Sí. Uno, muy poderoso.

—¿Puedo saber cuál es?

—Por favor —contestó la muchacha con tono suplicante—, no me obligue a contestar a esa pregunta, Jay.

El joven hizo saltar la pistolita en la palma de la mano, mientras contemplaba a Nan oblicuamente.

—Esperaré a que me lo diga usted voluntariamente... aunque tengo la sensación de que esta pistola tiene relación con “Killer” Breather. ¿Era para ayudarte a escapar?

—¡No!

La exclamación brotó espontánea, impulsivamente de los labios de Nan. Jay se sorprendió de la vehemencia de la negativa.

Guardó la pistola en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Está bien —dijo al cabo—. Ya lo sabré más adelante. ¿Quiere ver si está su receptor de radio?

—Sí —murmuró ella con voz átona.

La muchacha buceó en el interior del bolso. Momentos después extraía un minúsculo aparato de radio, que puso en funcionamiento inmediatamente.

Escucharon un poco de música. De pronto, sonó la voz de un locutor, que daba un boletín de noticias.

”—Los aviones de la Unidad de Salvamente con base en Manaos recorren incesantemente el espacio, buscando el aparato que se extravió hace cuatro días y que, como recordarán ustedes, se perdió en la selva, sin

que hasta el momento se haya tenido la menor noticia del mismo ni de sus ocupantes. El avión transportaba diez pasajeros y lo mandaba él capitán...”

—Bueno —respiró el joven—, esto es algo. Al menos, sabemos que nos están buscando.

El locutor continuó hablando.

”—Al no saberse noticias de dicho avión, que se dirigía en vuelo directo de esta ciudad a Georgetown, aparatos británicos han iniciado también pesquisas...”

—Vamos a ver si captamos la onda de Georgetown —sugirió la muchacha.

—Una buena idea —aprobó él.

Nan manipuló en el selector de estaciones. Pronto tuvieron la radio de Georgetown al alcance de sus oídos.

Tuvieron que sentarse durante casi media hora antes de escuchar el primer boletín de noticias en inglés. El locutor anunció que los aviones de salvamente volaban incesantemente en busca del aparato perdido y luego dio otra noticia, esta ya de tipo completamente distinto.

”—Las pesquisas para descubrir al o a los asesinos del agente de policía, cuyo cuerpo, horriblemente destrozado, fue hallado anteayer, han fracasado rotundamente. De momento, la Jefatura se ha negado a facilitar más detalles sobre el suceso, aunque se cree que pudiera tratarse de la venganza de un maleante. En el momento que conozcamos más detalles sobre el particular, los facilitaremos a nuestros distinguidos radioyentes. Y ahora, unos minutos de música ligera...”

Nan apagó el receptor.

—Bueno —sonrió—, las noticias son bastante consoladoras. Esto significa que no nos han olvidado todavía.

Jay se puso en pie.

—Vamos a comunicárselo a nuestros compañeros —dijo—. Creo que se alegrarán de ello.

Salieron del aparato. El sol cayó sobre sus hombros, aplastándolos con sus rayos de plomo fundido.

Jay emitió un gruñido:

—Lástima no poder bañarnos en el río —dijo.

—Por favor, no me lo recuerde —se estremeció ella.

—Pocos minutos más tarde estaban de nuevo en el campamento. Jay se sorprendió al ver que allí faltaba gente.

—¿Qué sucede? ¿Dónde están Reyes, Teitle y Da Ninha? ¿Y Alsoa?

La solterona se les acercó blandiendo el puño de rugosos nudillos. Sus menudos ojillos brillaban con perversidad.

—¡Estamos condenados a morir en la selva, capitán! —gritó, al borde de un ataque de histeria.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿A qué esas voces? —exclamó Jay, sin saber a

qué se debía el inesperado ataque de *miss* Briggson.

La voz de Spruance sonó fría, desapasionada.

—El señor Da Ninha ha desaparecido. Reyes, Teitle y su copiloto lo están buscando por todas partes.

Jay sintió que la mandíbula le colgaba de repente.

—¡No! —exclamó. El sudor le corrió a chorros por la espalda.

—Así es —dijo el policía, impávido—. Esta mañana —continuó—, al despertamos, ya no estaba.

Jay miró a Spruance casi con rabia.

—Y usted, claro, prefiere cuidarse de su preso antes que intentar salvar la vida de una persona.

Breather soltó una amarga risita.

—Para este cochino polizonte solo hay una cosa interesante en este mundo, capitán: mi lindo pescuezo. Lo demás, le tiene absolutamente sin cuidado.

—Comprendo —murmuró Jay. Y en aquel momento sonó un grito.

Reyes apareció corriendo, con las ropas desgarradas. Sus ojos parecían fuera de las órbitas.

—¡Capitán! ¡Capitán! Hemos hallado ya al brasileño. Venga conmigo, por favor.

Jay echó a correr en pos de Reyes, seguido por la muchacha.

—¿Y Teitle? —preguntó mientras corría.

—Está junto a... —el venezolano se interrumpió de pronto—. ¡Cristo! qué cosa tan espantosa.

El joven intuyó algo horrible, espeluznante. Sin dejar de correr, tragó saliva espasmódicamente.

De súbito, un espantoso olor, fétido y dulzón a un tiempo, asaltó su pituitaria, haciéndole sentir unas enormes náuseas. Jay identificó el olor en el acto.

Reyes se detuvo de pronto, con tanta brusquedad, que Jay tropezó con él y los dos estuvieron a punto de rodar por el suelo. Unos pasos más allá, divisó a Teitle parado en el centro de un pequeño claro.

Teitle permanecía inmóvil con un largo palo en la mano, que no se atrevía a utilizar. Da Ninha estaba a pocos pasos de distancia, muerto. Pero con la muerte más horrible y espantosa que pudiera imaginar ninguno de los presentes.

El brasileño estaba casi completamente oculto por los enormes pétalos de la flor carnívora, que lo envolvía desde los hombros hasta casi las rodillas. Sus brazos pendían hasta el suelo, que rozaba con los nudillos engarfiados, y por el lado apuesto las puntas de sus pies tocaban también la tierra, Algunos de los tentáculos que no habían sido cortados cuando la azafata cayera en poder de la maligna planta, aseguraban el cuerpo del brasileño a la corola para permitirle la digestión de aquel botín tan

suculento.

Jay se sintió enfermo. Ni siquiera se dio cuenta de que Alsoa había aparecido de pronto y que después de haber visto el espectáculo, se había retirado a un lado a vaciar el estómago.

—Pero… ¿cómo ha… ha podido ser atrapada… por la flor? —balbuceó.

Teitle le miró sombríamente.

—No fue atrapado, sino que lo arrojaron, capitán. Da Ninha murió asesinado.

CAPÍTULO XI

Teitle agarró el brazo del joven.

—Venga acá, capitán.

Dieron un pequeño rodeo para evitar un posible ataque por parte de los tentáculos de la planta carnívora. Pero esta tenía ya suficiente con la presa que había capturado y los tentáculos permanecieron inmóviles.

Los dos hombres se situaron a un par de pasos da la cabeza del muerto. Jay vio claramente el golpe que Da Ninha había recibido en el occipucio y que, tras rajarle el cuero cabelludo, había dejado el hueso al descubierto. La línea de fractura se divisaba nítidamente.

—Da Ninha fue sorprendido y golpeado —explicó Teitle—. Luego, para mayor seguridad, fue arrojado a las fauces de esa planta. Aunque la herida de la cabeza no hubiese sido mortal, ya no habríamos tenido tiempo de salvarlo. Calculo que llevará varias horas atrapado por la flor, y en ese tiempo los jugos digestivos de la misma habrán actuado corrosivamente sobre su cuerpo.

—Ahórreme detalles, por favor —rogó Jay, enfermo de asco.

Teitle miró fríamente.

—Es necesario que conozca usted todo, capitán. Cuando todo esto se haya acabado, se iniciará una investigación y usted deberá deponer como testigo principal.

—Es cierto —murmuró el joven—. Y ahora —preguntó—, ¿qué podemos hacer por este desdichado?

—Solamente una cosa —respondió Teitle sombríamente—: traer gasolina.

Jay asintió.

—Es la mejor solución —concordó—. De este modo destruiremos también esa diabólica planta.

—Los botánicos de Río saltarían de gozo si pudieran examinarla —dijo el yanqui—, pero no podemos pensar ahora en soluciones científicas. ¿Tiene alguna lata vacía en el avión?

Jay se volvió hacia el copiloto.

—¿Fernando?

—Al momento, Jay —y se marchó apresuradamente.

Jay volvió la vista hacia Nan. La muchacha soportaba la escena con bastante valor, aunque su rostro tenía la blancura de la nieve.

—Vale más que se vuelva junto a los otros, Nan —sugirió el joven.

Nan asintió y se retiró. Entonces, Jay se sintió asaltado por una duda:

—¿No se pegará fuego a la jungla cuando hagamos arder la gasolina?

Reyes contestó:

—No tema, capitán. Las plantas son demasiado verdes para que ardan solo con algunos litros de combustible. Arderán algunas, pero las demás detendrán el fuego, ya lo verá.

—Además —indicó Teitle—, la humareda servirá para llamar la atención de algún posible avión de salvamento.

—Bueno —concordó el joven. Y de repente recordó lo que le había sucedido horas antes—. Teitle, ¿llevaba usted algo de particular en su equipaje de mano?

—No, capitán. ¿Por qué lo pregunta?

—La señorita Dwison y yo estuvimos en el avión. Ella tiene un receptor a pilas y fuimos a buscarlo.

—Omitió decir nada referente al golpe recibido—. Entonces vimos que alguien había estado allí durante la noche y registrado los equipajes de mano de dos personas: usted y Tom Rogers.

—¡Caramba! —exclamó Reyes—. Eso sí que es interesante. ¿Quién ha sido?

—Uno de nosotros —respondió Jay fríamente—. Menos, naturalmente, la señorita Dwison, el señor Teitle y yo.

Reyes se enderezó.

—Si piensa involucrarme como un posible sospechoso, capitán, conmigo se equivoca.

Jay soltó una amarga carcajada.

—A ese paso, pronto no habrá más que un sospechoso: el asesino, porque se quedará solo, después de habernos matado a todos.

—Eso que está diciendo es muy fuerte, capitán —exclamó el yanqui.

—Lo siento, pero es así como pienso.

—¿Para qué quieren ustedes el receptor de radio? —inquirió Reyes.

—Simplemente, para escuchar noticias acerca de nosotros. Se nos ha dado como desaparecidos, pero los aviones de rescate continúan explorando la selva.

—Sí que es extraño —murmuró el venezolano—. Cuatro días de continua exploración y aún no han dado con nosotros.

Jay no supo qué decir. Evidentemente, la razón asistía a Reyes por completo.

Trató de desviar la conversación.

—Señor Teitle, si usted no tiene inconveniente, me agradaría luego examinar su equipaje y el de los Rogers. Quisiera saber qué es lo que ha estado buscando el asesino, ¿comprende?

Teitle levantó los hombros.

—No quiero oponerme a sus deseos, capitán —manifestó.

Aguardaron allí mismo, sumidos en un hosco silencio, a que volviera Alsoa con la gasolina. El copiloto apareció poco después con una lata y un

cubo llenos del líquido inflamable.

Vertieron la gasolina sobre la planta. Luego, Jay arrojó una cerilla encendida.

El combustible se inflamó en el acto. La planta empezó a retorcerse con espantosas convulsiones, a la vez que se elevaba un espantoso olor en el ambiente.

—Larguémonos de aquí, Jay —exclamó el copiloto, a punto de desmayarse.

Jay no necesitó que se lo repitieran dos veces. Reyes ya corría hacia el campamento, seguido por el yanqui.

Momentos después llegaban junto a los otros. Jay se dejó caer al suelo, exhausto y empapado de sudor de pies a cabeza.

Nan se le acercó con un vasito lleno de café. La infusión devolvió a su estómago buena parte de la perdida estabilidad.

—Gracias —dijo con una sonrisa. Ella sonrió también.

Durante largo rato permanecieron sumidos en un sombrío silencio. El calor era sofocante e impedía hacer el menor movimiento. Todos se sentían invadidos por una infinita laxitud, por un desmadejamiento total, que les hacía sentir una absoluta indiferencia por cuanto sucedía a su alrededor.

A mediodía, Jay, que había dormitado a ratos, se sentó en el suelo.

—Señor Teitle.

—Eh… Sí, capitán —contestó el yanqui.

—¿Recuerda lo que le dije antes?

—Por supuesto. Cuando usted quiera, capitán.

Los dos hombres se pusieron en pie. Nan les imitó.

—¿Adónde van ustedes? —se oyó de repente la chillona voz de *miss* Briggson.

—Necesitamos registrar algunos equipajes —contestó el joven—. Fernando, mira a ver si Carmen tiene en su bolso la llave de la bodega de equipajes. Sería conveniente que tú también vinieses con nosotros.

—Ahora mismo, Jay.

—No será mi equipaje el que registrarán, ¿verdad? —exclamó la solterona con aire ofensivo.

Jay la miró con expresión pensativa.

—Señora Briggson, lo que intentamos hacer es en interés de la justicia. Ahora bien, si usted se niega a cooperar…

—En absoluto, capitán. Lo que no quiero es consentir que se registren mis efectos personales sin un mandamiento expedido por un juez competente.

—¡No sea usted ridícula! —barbotó Jay coléricamente—. ¿Dónde demonios quiere que encuentre a ese maldito juez?

—¡Capitán! ¡Modere su lenguaje! —gritó la señorita Briggson furiosísima—. ¿Es que no se ha dado cuenta de que hay damas delante?

—Con respecto a usted, lo dudo —replicó él en tono ofensivo.

El rostro de la inglesa adquirió una coloración escarlata.

—Capitán, cuando lleguemos a zona civilizada, me responderá usted de los insultos que acaba de proferir contra mi persona. Y no toque mi equipaje para nada; se lo prohíbo terminantemente delante de testigos, ¿me ha entendido?

Jay manoteó frenéticamente.



—¿Lo conocía usted?

—Está bien, está bien —dijo—. No tocaremos su equipaje; tampoco pensaba hacerlo. Pero que conste, también delante de testigos, que lo que intento hacer es en bien de la justicia y que, al negarse a ello, obstruye usted las investigaciones encaminadas a esclarecer los tres asesinatos que se han cometido desde que tocamos tierra. Puede que ese juez a quién tanto reclama usted —agregó mordazmente—, le pida luego cuentas de su actitud, señorita Briggson.

La inglesa se quedó con la boca abierta, sin saber qué contestar. El presó soltó un estentóreo “¡viva!”.

—Bien, capitán —rio Breather cínicamente—. Ese viejo loro se merece una buena lección. Lástima no pueda cederle mi puesto en el patíbulo.

—Cállate, Breather —dijo el policía calmosamente. Jay miró al que acababa de hablar.

—Señor Spruance, ¿tiene usted algún inconveniente en que examine su equipaje?

—En absoluto, capitán. Obre como mejor le agrade. Tome la llave de mi maleta.

—Gracias —contestó el joven—. ¿Llevaba Breather algún equipaje?

—Los británicos me facilitan de todo lo que me hace falta, menos...

Miró a Nan desvergonzadamente. La muchacha se puso muy encarnada y echó a andar vivamente.

—¿Señor Reyes? —dijo Jay.

—Iré con ustedes —respondió el venezolano.

Jay no puso la menor objeción a los deseos de Reyes, pareciéndole lógico que quisiera estar presente en el momento del registro. De pronto acudió un detalle a su mente.

Recordó la primera noche de su llegada. Reyes había estado contemplando fijamente el maletín de Alvares. ¿Por qué?

Deliberadamente, se rezagó unos pasos, quedando a la altura de Reyes que iba el último. El venezolano le miró suspicazmente.

—Usted quiere decirme algo, capitán.

—Me ha adivinado el pensamiento, señor Reyes.

—Pues bien, hable. ¿De qué se trata?

—¿Conocía usted a Alvares?

—No... es decir, hasta cierto punto. No nos habían presentado, lo cual significa que no tenía conocimiento directo con él. Pero había oído su nombre en un par de ocasiones.

—¿Con respecto a...?

Reyes hizo una mueca.

—Su panza lo decía todo: negocios nada limpios.

—¿Contrabando?

—Lo más probable —respondió.

—¿Dónde había oído hablar de Alvares?

—En Manaos.

—Pero usted es de Venezuela.

Reyes sonrió ampliamente.

—Y usted de los Estados Unidos, capitán. El lugar de procedencia no significa nada hoy día.

—Sí, tiene usted razón —concordó el joven con un profundo suspiro…

Llegaron al avión. Alsoa había abierto ya la bodega de equipajes. Inmediatamente comenzaron el registro.

Terminaron cerca ya de la media tarde. El registro no había dado resultado alguno.

—Queda el equipaje de la señorita Briggson —dijo el copiloto—. Podríamos llevarlo al campamento y abrirlo en su presencia.

Jay se estremeció.

—¡No, por Dios! ¡Menudo escándalo nos armaría! Dejémoslo dónde está. Estoy seguro de que no lleva encima nada de particular.

—Como no sea su ropa interior de fin de siglo —rio el venezolano.

—Volvamos —dijo el joven, resignándose ante la idea de pasar otra noche en la selva. Súbitamente advirtió que Teitle se disponía a encender un cigarrillo—. ¡Eh, cuidado! No haga eso en las proximidades del avión. Podría incendiarse.

Teitle le miró fijamente.

—La humareda de esta mañana no ha servido para nada. ¿Por qué no hacemos arder su avión? De todas formas, está perdido y la Compañía de seguros le abonará uno nuevo. Todavía quedan cuatro horas de luz al menos y en este plazo de tiempo algún avión de exploración podría divisar la humareda.

Jay se mojó los labios con la lengua. Volvió la vista hacia Alsoa, consultándole en silencio.

—Despegar ya no podemos —dijo el copiloto con indiferencia—, de modo que vamos a quemar nuestro último cartucho.

En unos momentos llevaron los equipajes a buena distancia del aparato. Entre tanto, el copiloto había abierto los grifos de purga y la gasolina se había ido derramando por el suelo.

Teitle formó una especie de antorcha con un manojo de hierbas secas, que empapó en la gasolina derramada. Luego, retirándose a un lado, prendió la antorcha, lanzándola acto seguido sobre el lugar donde estaban los charcos de combustible.

La gasolina prendió en el acto con sonoro rebufo. Todos los presentes echaron a correr, apartándose del incendio. Aún quedaba algo de carburante en los tanques y era previsible su estallido unos minutos más tarde.

Durante el resto del día la humareda estuvo elevándose a gran altura.

Las horas pasaron lentamente, sin que se avistara él menor rastro de ningún avión de salvamento.

Llegó la noche en medio de un sombrío silencio. La radio había informado de que el avión perdido no había sido avistado. Esto abatió profundamente a los náufragos.

Para distraerse un poco, Nan cogió la onda de Georgetown. Estuvo escuchando música ligera durante un rato. Luego, el locutor dio un boletín de noticias.

"—Continúan las pesquisas para descubrir al asesino del agente..."

—¡Cierre esa maldita radio! —vociferó Breather de repente.

—Compórtate, Breather —le reprendió Spruance.

—¡Váyase al infierno! —gruñó el preso—. Tengo derecho a dormir, ¿no? Que ponga la radio cuando sea hora, no en los momentos que todos debemos estar durmiendo.

—Cállate de una vez —dijo el policía—. No nos des la murga con tus quejas. Señorita Dwison, si quiere escuchar la radio, hágalo sin cumplidos.

Nan dio media vuelta al conmutador.

—Es lo mismo —dijo sonriendo—. No se preocupe.

Jay la miró desde el otro lado de la hoguera. Ella le devolvió la mirada junto con una sonrisa llena de afecto.

Al cabo de un rato se tendió en el suelo, durmiéndose profundamente.

A media noche le despertó un grito de mujer; Era Nan.

CAPÍTULO XII

El grito de la muchacha despertó en un santiamén a todo el campamento.

—¡Jay! ¡Me atacan! ¡Quieren asesinarme!

El joven se puso en pie de un salto y corrió hacia donde estaba la muchacha. Vagamente divisó una sombra oscura que huía hacia las tinieblas.

Entonces recordó la pistolita que tenía en el bolsillo posterior. Sin vacilar un instante, sacó el arma, apuntó y pulsó el gatillo.

Sonó un "¡Click!". Pero no salió ningún proyectil por la boca del arma. Jay volvió a apretar el disparador de nuevo, obteniendo idéntico resultado a la vez anterior.

Cerca de él oyó la voz del yanqui.

—¿Por qué grita, señorita Dwison?

Jay se metió la pistolita en el bolsillo, maldiciendo el arma entre dientes: Se arrodilló al lado de la muchacha. A su lado, Teitle había encendido un fósforo.

La muchacha jadeaba penosamente, tragando aire con dificultad. En torno a la garganta tenía un círculo ligeramente más oscuro que el resto de su epidermis.

Alsoa acudió también. Jay le dio una orden.

—Reaviva la hoguera, Fernando. Luego prepara café.

—Al momento.

—¿Puede hablar ya, señorita Dwison? —preguntó Teitle.

Ella movió la cabeza.

—Sí... Es... estoy ya mejor, muchas gracias.

—¿Qué le ha sucedido? Cuéntenos, se lo ruego —pidió Teitle de nuevo.

Jay no dejó de advertir la solicitud del yanqui para con la joven, aunque se abstuvo de formular el menor comentario.

Nan dijo:

—Me desperté con una extraña sensación de ahogo... En el primer momento me pareció que estaba bajo los efectos de una pesadilla, pero no tardé en darme cuenta de que era cierto, que algo me estaba estrangulando.

Teitle examinó detenidamente la garganta de la muchacha.

—La segunda media de *miss* Briggson —sentenció fríamente.

—¡Cómo! —exclamó Jay, atónito.

—Las huellas son inconfundibles. El asesino quiso descargar otro golpe. Pero esta vez erró.

—¿Por qué ahora no y, en cambio, sí lo consiguió cuando estranguló a la señora Rogers? —inquirió Jay.

Teitle le miró de una forma extraña.

—La señora Rogers bordeaba la sesentena y era menudita y de pocas fuerzas. La señorita Dwison tiene treinta y cinco años menos, es mucho más alta y más fuerte, por supuesto. El asesino hubiera podido conseguir su propósito si previamente la hubiese golpeado, pero creyó sería suficiente usar la media. Erró sus cálculos... afortunadamente para la señorita Dwison.

Nan emitió una pálida sonrisa de circunstancias, a la vez que se acariciaba el cuello con la mano de modo maquinal.

—Me pregunto —dijo Jay, por qué la habrán atacado.

—Quizá conoce al asesino —sugirió Teitle intencionadamente.

—No —negó enfáticamente—. Lo diría en el acto.

Jay se puso en pie. Paseó la mirada por el campamento, brillantemente iluminado por la luz de la hoguera que Alsoa había reavivado.

Carmen Paço dormía pesadamente, indiferente por completo al jaleo que se había organizado. El policía y su preso permanecían en el mismo sitio, callados ambos.

Reyes silbaba suavemente. La señorita Briggson se había sentado en el suelo y miraba hacia ellos en silencio, con su gesto de perenne hostilidad.

—Estamos todos —dijo Jay lentamente—. Alguien de nosotros ha sido el que atacó a la señorita Dwison.

—A mí que me registren —dijo el venezolano sarcásticamente.

—No sería mala idea —contestó el joven.

Reyes se puso en pie.

—¿Por qué no lo hace, capitán? —exclamó, abriendo los brazos.

Jay se mordió los labios. Las palabras de Reyes constituían un reto evidente.

—Bueno —exclamó Teitle—, ¿a qué espera, capitán?

El joven avanzó hacia Reyes. De pronto se acordó de la pistola y la sacó. Maldijo entre dientes. El asesino se había salvado por no habérsele ocurrido quitar el seguro antes de disparar.

—Espero no me obligará a recurrir a extremos desagradables, señor Reyes —dijo ceñudamente.

—Puede guardarse la artillería, capitán. ¿De qué me serviría atacarle, si luego no puedo huir a ninguna parte?

—De acuerdo —murmuró Jay. Guardó de nuevo la pistola y se acercó al venezolano, registrándole cuidadosamente.

De pronto se puso rígido. Acababa de encontrarle en uno de los bolsillos de la chaqueta algo suave y sedoso.

Los ojos de Jay brillaron mientras sacaba la media de seda que alzó para que fuera vista por todos.

—Bien —dijo satisfecho— ya tenemos aquí al asesino.

Reyes lanzó un rugido.

—¡Esa es una inmunda calumnia! —barbotó—. Alguien me puso la media en el bolsillo sin que yo me diese cuenta mientras dormía. No soy el asesino.

—Las pruebas le acusan —afirmó Jay—. ¿Qué opina usted, señor Spruance? Usted es un técnico en la materia.

El policía meneó la cabeza.

—Mal asunto para el señor Reyes —dijo sentenciosamente.

—Se equivocan —insistió el venezolano—. Yo no he sido.

Jay estiró la media.

—Alargue sus manos, señor Reyes —dijo firmemente—, como medida de precaución, voy a atarle para que no vuelva a intentar cometer otro crimen. En cuanto nos hayan rescatado, le entregaré a las autoridades acusado de todos los asesinatos cometidos.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Yo no he podido ser! —gritó Reyes excitadamente.

—Miren al angelito —rio Breather desvergonzadamente—. No ha podido ser. Lo mismo dijo yo… y ya ve, esperando el lazo de cáñamo.

Reyes arrojó una furiosa mirada hacia el asesino.

—Usted y yo somos muy diferentes, Breather —gruñó.

—¿En qué estriba la diferencia, si puede saberse? —preguntó el preso con insolencia.

Reyes metió la mano en el interior de su chaqueta. Jay dio un paso atrás, tratando de sacar la pistola.

—No se mueva —gritó—. No se mueva o dispararé.

—Está loco, capitán —refunfuñó Reyes—. No llevo encima ninguna pistola, Solo quiero enseñarle una cosa.

Sacó su cartera y extrajo de la misma una cartulina impresa.

—Vea, capitán. Soy agente de Policía afecto al Departamento del Tesoro de mi país. Compruebe mis credenciales, se lo ruego. Si sabe el portugués, no le será muy difícil entender el español.

Breather lanzó un resoplido lleno de desdén.

—¡Vaya! ¡Otro polizonte! Esto se está poniendo peor que el cuartel de la policía de Georgetown.

—Cállese, maldito hijo de perra —gruñó Reyes de mal talante—. Y ahora, ¿qué me contesta usted, capitán?

Jay estaba paralizado por el asombro.

—La verdad, no sé qué decirle, señor Reyes.

—Podría explicamos qué hacía en Manaos —sugirió Teitle.

—Con mucho gusto. Andaba persiguiendo a un contrabandista de diamantes llamado Nehemías Alvares. Formaba parte de una banda con varias ramificaciones, una de las cuales llegaba hasta mis pies. Queríamos

atrapar al resto de la banda y... Bien —exclamó con un rictus de amargura en la voz—, ya está descubierto el secreto.

—Excepto una cosa —manifestó Jay—. El maletín de Alvares. ¿Dónde está su contenido?

Un hondo silencio se expandió por el ambiente.

—Lo robó el asesino —declaró Reyes.

—Conforme. Pero, ¿cuál de nosotros es el asesino?

Reyes pateó el suelo.

—Está aquí. No ha huido, es imposible.

Jay reflexionó unos instantes.

—Ni podrá huir —dijo—, Y tarde o temprano acabará por cometer un error que lo descubrirá. Entonces...

—¿Viviremos tanto tiempo? —preguntó *miss* Briggson sarcásticamente.

CAPÍTULO XIII

Un sordo rumor despertó a Jay.

Permaneció unos momentos medio adormilado, teniendo aún en la suya la mano de Nan, la cual descansaba apaciblemente a su lado. El rumor se acentuó.

De pronto se puso en pie de un salto.

—¡Un avión! —chilló.

El ruido era inconfundible. De pronto, se convirtió en un trueno que ensordeció a todos los presentes.

Una masa oscura cruzó como un meteoro a cien metros por encima de las copas de los árboles. Instantáneamente se produjo un espantoso pandemónium entre los náufragos.

—¡Ya están aquí!

—¡Nos han visto!

—Vamos a hacerles señas.

Salieron al claro, armados de trapos, camisas y otras prendas de ropa semejantes, esperando la vuelta del avión.

Pasaron unos minutos. El ruido del avión no volvió a escucharse.

—Volverá —dijo el joven esperanzadamente—. Tengamos un poco de paciencia.

Nan miró hacia los carbonizados restos del bimotor. Movió la cabeza.

—Ha pasado muy bajo —dijo—. Habrán visto que está incendiado y supondrán que todos hemos perecido. No volverán.

—Es imposible —exclamó Jay excitadamente—. Tienen que volver. Ahora saben que está aquí.

—La señorita Dwison tiene razón —murmuró Teitle con tono sombrío —. Lo que han visto es suficiente para que no vuelvan. El avión ha pasado a menos de cien metros de altura. Han podido divisar con toda claridad los restos incendiados de nuestro aparato y han considerado que tenían bastante con una sola pasada.

—Pero eso es imposible —objetó el joven—. Ningún piloto de salvamento se retiraría sin haber dado varias pasadas sobre su objetivo a fin de cerciorarse con toda seguridad de que no quedan supervivientes.

—Pues el nuestro lo ha hecho. También puede ocurrir que no haya divisado los restos —Teitle miró a lo alto. Por el sitio en que pasó, el sol les daba en los ojos. Quizá les deslumbró y no vieron nada.

La desesperación se abatió sobre el grupo. Lentamente, como agobiados bajo el peso de una inmensa decepción, llenos de pesadumbre, se retiraron de nuevo al campamento.

Alguien sugirió buscar ramas para encender una hoguera y llamar la atención de otros posibles aviones de rescate. La sugerencia se perdió en el vacío de una abulia y un decaimiento generales.

Jay buscó la compañía de Nan. La muchacha estaba pálida y demacrada, pero, sorprendentemente, conservaba su espíritu. Tenía la radio en funcionamiento y escuchaba la música, que se oía con tonos suaves y apagados.

—¿Alguna noticia? —preguntó él.

Nan movió la cabeza.

—Hasta ahora, nada de particular —trató de animarle—. Ya volverán, Jay. No se preocupe. Mi opinión es que Teitle tiene razón; el sol les daba en los ojos y no vieron los restos del avión.

—Ojalá fuese como dice usted, Nan —exclamó él con acento pesimista —. Llevamos ya un montón de días y aún no hemos sido avistados. Creo que debimos haber hecho paso de la sugerencia de mi copiloto y construir una balsa. Navegando río abajo, siempre habría sido factible encontrar algún poblado o alguna hacienda donde nos hubieran atendido.

—Ahora ya no hay tiempo para lamentaciones, Jay —expresó Nan juiciosamente.

—Y el asesino sigue suelto. Eso es lo que más me preocupa —estaban los dos relativamente aislados del resto. Bajó la voz—. En su opinión, ¿quién cree que pueda ser?

—La señora Rogers nos lo diría si viviese. Murió porque conocía su identidad.

Jay respingó.

—¿Cómo, puede asegurarlo tan rotundamente, Nan?

—Recuerde lo que ha dicho Reyes acerca de Alvares y sus contrabandos de diamantes. ¿Se acuerda también la noche en que Reyes se ausentó brevemente del campamento y volvió luego por el lado opuesto con un brazo de leña?

Jay asintió.

—Reyes manifestó haber oído a la señora Rogers —siguió ella— pronunciar el nombre de su esposo y luego otra palabra: *antes.*

—¡Diamantes! —exclamó él, atónito.

—Exactamente. No se refería a un determinado período de tiempo, como podría suponerse, sino que pronunciaba la palabra diamantes. Claro está que el señor Reyes no la oyó completa; de ahí nuestro error.

Jay se mordió los labios.

—Sí, pero, ¿quién fue el asesino?

—No me gusta recordar detalles particularmente morbosos, pero la media que la estranguló estaba fuertemente hundida en su garganta.

Los ojos del joven destellaron. Su mirada captó la imagen del fornido yanqui, medio tendido en el suelo a una docena de pasos de distancia,

aguzando con gesto intrascendente otra estaca de madera.

—Teitle —murmuró en voz muy baja—. Y está afilando otra rama.

Nan se estremeció.

—Parece mentira, un hombre tan simpático —comentó.

—Pero no podemos demostrarle nada —dijo él, exasperado—. Si nos rescatan, escapará. Se puede sospechar de él; no obstante, nadie nunca podrá formularle una acusación en regla.

—Todavía estamos aquí —dijo la muchacha—. Aún puede cometer un error. La mayoría de los asesinos inteligentes lo cometen; por eso se les atrapa.

Jay sonrió.

—Habla usted como si fuese un policía —murmuró.

Ella sonrió también.

—No haga demasiado caso. He leído muchas novelas policíacas; eso es todo.

Jay volvió a mirar hacia Teitle. El yanqui continuaba su labor impertérrito.

—Lo que no acabo de entender es cómo ha podido aparecer en el bolsillo de Reyes una de las medias de *miss* Briggson, Sus gritos alertaron a todos, lo cual quiere decir que el asesino no pudo ponérsela sin delatarse.

—¿Y si lo hubiera hecho con anterioridad? Recuerde que *miss* Briggson tenía más pares de medias de repuesto. Primero le colocó la media en el bolsillo, con el fin de incriminarle y desviar así las sospechas de sí mismo. Luego, me atacó a mí.

—Pero no le hizo demasiado daño —exclamó Jay, sumamente pensativo—. Teitle dice que usted es mucho más fuerte que la difunta señora Rogers. Muy bien, es cierto; pero cuando alguien con sus fuerzas rodea la garganta de una persona que descansa, si asesta el golpe rápidamente, la víctima queda impedida de gritar desde el primer momento.

Nan se quedó pensativa durante unos segundos.

—¿Y si solo trató de simular un crimen para luego hacer recaer las sospechas sobre Reyes? —sugirió.

El joven se tironeó del labio inferior.

—Hombre, esa es una hipótesis que conviene tener en cuenta. Sí, quizá lo hizo así Teitle para provocar un estado de desconcierto y confusión entre nosotros, al acusar a un inocente.

—Pero el tiro le ha salido por la culata cuando Reyes demostró que es un agente de policía de su país y que andaba persiguiendo a Alvares y a su pandilla.

Jay hizo un gesto de desesperación.

—¡Si pudiéramos tender una trampa al asesino! De este modo, él se descubriría a sí mismo y el problema estaría resuelto.

Nan meneó la cabeza.

—No se me ocurre nada, la verdad. Yo...

De repente se interrumpió. Sus ojos se agrandaron enormemente.

Jay siguió con la vista la dirección de la mirada de Nan. Al momento sintió que un horrible escalofrío recorría toda su espalda.

La señorita Briggson estaba al pie de un árbol, recostada tranquilamente, aunque con su sempiterna expresión de hostil desprecio hacia cuantos la rodeaban Algo había surgido del ramaje y colgaba hacia ella, a cosa de un par de pasos de distancia.

—No grite, Nan —susurró el joven.

La serpiente era gruesa como el brazo de un hombre y se balanceaba lentamente, ganando espacio centímetro a centímetro. Sus ojos brillaban con perversa codicia y la lengua bífida entraba y salía vertiginosamente de su boca, en la cual se divisaban unos colmillos aguzadísimos, cuya sola vista infundía verdadero pánico.

La inglesa no se había dado aún cuenta del peligro que la amenazaba. Pero era evidente que antes de un minuto la serpiente habría desencadenado su ataque.

Jay trató de comportarse con naturalidad.

—¡Señorita Briggson!

La inglesa volvió la vista.

—¿Capitán? —dijo fríamente.

—Haga el favor de retirarse de ese árbol. Inmediatamente.

Todos los ojos de los presentes se volvieron en el acto hacia la solterona. Breather lanzó un juramento en voz baja.

—Aquí estoy bien, capitán —contestó ella en tono desafiante.

Alsoa se puso en pie y se le acercó unos pasos.

—Haga lo que le ordenan, señorita Briggson —dijo enérgicamente.

—Yo... pero... ¿qué se han creído ustedes?

Teitle se había puesto también en pie. En la mano llevaba la estaca que había estado aguzando.

La inglesa le miró atónita. Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, Teitle movió el brazo derecho en un vertiginoso semicírculo horizontal.

El palo alcanzó a la serpiente en el centro del cuerpo, arrancándola de la rama de la cual pendía y lanzándola a unos cuantos pasos de distancia, muy cerca al policía y a su preso, los cuales se pusieron en pie de un salto, alejándose de la bestia más que deprisa.

Breather renegó obscenamente. La señorita Briggson vio al animal retorcerse por el suelo, comprendió y se desmayó.

La serpiente huyó rápidamente, desapareciendo entre las hierbas en pocos segundos. Jay y Nan se precipitaron en auxilio de la solterona.

—Vamos, vamos, *miss* Briggson —dijo el joven, dándole unos cachetitos

en la cara—, todo ha pasado ya. Despierte, por favor.

La inglesa abrió los ojos. Su rostro estaba desprovisto de todo color.

—¡Dios mío! Capitán, tengo que pedirle perdón.

Aquellas palabras, en labios de la señorita Briggson, resultaban tan sorprendentes, que Jay no supo qué decir. Nan se echó a reír alegremente.

—No se preocupe, señorita Briggson; lo importante es que ha salvado la vida.

En aquel momento cesó la música bruscamente. Nan se volvió.

Breather sonreía hipócritamente.

—Discúlpeme, señorita Dwison. Inadvertidamente pisé su aparato de radio y…

Jay se puso en pie, notando que el cuerpo de le cubría totalmente de un sudor frío.

En un instante acababa de descubrir al autor de todas aquellas muertes. Recordó una frase que Nan había pronunciado no hacía mucho.

Aún puede cometer un error. La mayoría de los asesinos inteligentes lo cometen; por eso se les atrapa.

Y el asesino acababa de cometer su error.

Jay lo miró. El asesino le devolvió la mirada, sabiéndose descubierto.

CAPÍTULO XIV

Breather sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta, cubriendo con el arma a todos los presentes.

—¡Quieto todo el mundo! —exclamó—. ¡Que nadie se mueva si no quiere recibir un plomo en el estómago!

La estupefacción fue general. Con toda tranquilidad, Spruance sacó la llave de las esposas y las abrió. Luego metió la mano derecha en la pistolera y la sacó armada.

—Lo siento —dijo—. He cometido un error, pero no quise enmendarlo durante el día, confiando en que no se dieran cuenta de ello. Usted lo advirtió, ¿no es cierto, capitán?

Jay asintió en silencio. Luego, roncamente, dijo:

—Mientras uno de ustedes fingía atacar a la señorita Dwison, el otro introducía una media de seda en el bolsillo del señor Reyes, para crear un estado de confusión. Pero después se equivocaron y cambiaron las esposas de sitio. El supuesto policía quedó *a la izquierda* del asesino, en lugar de *a la derecha,* como había venido sucediendo hasta ahora y como hacen todos los policías del mundo cuando llevan un asesino preso, con el fin de tener la mano de este lado libre para manejarse mejor.

—Acertó —dijo Spruance burlonamente.

—Y usted —siguió el joven implacable, dirigiéndose a Breather—, destrozó el aparato de radio para evitar que la señorita Dwison captara noticias de Georgetown, sobre todo, en lo referente al agente de policía asesinado que, estoy seguro, era el auténtico Spruance. Por eso gritó la otra noche, impidiendo que pudiéramos oír su nombre, ¿no es cierto?

Breather sonrió cínicamente.

—¡Qué buen detective hubiera sido usted, capitán! Sí, mi amigo ideó este truco para salvarme, tomando la identidad del policía que debía venir a buscarme a Manaos.

—Pero no sé cómo hubiesen podido escapar —alegó el joven—. Iban en nuestro aparato...

—Pensábamos atacarles en pleno vuelo y obligarles a cambiar el rumbo, pero la tormenta no nos dio tiempo. Por eso hemos tenido que mantener la ficción durante todo el tiempo.

—Y ahora, ¿qué harán? Están perdidos en la selva, como nosotros. No pueden escapar.

—No se preocupe de nosotros —dijo Spruance—. Ya sabremos arreglárnoslas sin ustedes.

—De modo —murmuró Jay reflexivamente—, que por la noche,

mientras dormíamos, se soltaban las esposas y cometían sus crímenes.

—Digamos que sí —respondió Spruance placenteramente. Se golpeó el pecho—. Y aquí están los diamantes de Alvares. Un buen botín, evidentemente.

—¡Cómo! ¿Usted sabía que los llevaba consigo?

Spruance, sacudió la cabeza.

—No, pero me hizo entrar en sospechas la forma en que sujetaba el maletín. Luego había adquirido el resto del pasaje para sí solo, a fin de no retrasar el viaje… conque le pinché la barriga y me apoderé de los diamantes. Hay una verdadera fortuna, que nos irá muy bien cuando lleguemos a la civilización. Andamos un poco escasos de dinero, la verdad.

—¿Y la señora Rogers?

—Nos pareció que nos había visto cuando liquidábamos a Alvares —el cinismo de Spruance era insuperable—. Preferimos no correr riesgos, como en el caso del brasileño.

Jay asintió. El simple hecho de entregar unas tabletas sedantes a una pobre mujer enferma, había costado una vida humana. Aquellos asesinos eran peores que fieras; no se detenían ante nada con tal de conseguir sus viles propósitos.

De pronto recordó una cosa.

—¿Fueron ustedes los que me atacaron noches atrás cerca de la portezuela del avión?

—Sí. Estábamos registrando algunos equipajes. Buscábamos más armas —este era Breather—. Mi compañero solo tenía una pistola y necesitábamos otra al menos.

—Ya veo que la encontraron —dijo Jay, mirándole.

—Sí, en el equipaje del amigo Teitle. Entonces vino usted y tuvimos que golpearle. Espero sabrá disculparnos, capitán.

Jay hizo un ademán con la mano.

—Olvídelo —dijo magnánimo—. Y ahora, ¿qué es lo que piensan hacer?

Spruance reflexionó brevemente.

—Creo que debiéramos irnos ya, ¿no te parece, Breather?

—Sí, claro. Aquí estorbamos ya…

—Un mal asunto huir por la selva a pie y sin víveres. ¿Hacia dónde piensan dirigirse?

—Cerca hay un río. Seguiremos la orilla y…

Algo cruzó el aire velozmente, golpeando a Breather en pleno rostro y haciéndole vacilar.

El asesino lanzó un rugido de rabia, mientras se esforzaba por recobrar el equilibrio perdido a causa de la rama que le había arrojado *miss* Briggson con todas sus fuerzas. A su lado, Spruance maldijo fieramente, mientras volvía el arma hacia la solterona.

Sonó un disparo. Reyes empuñaba una pistola de grueso calibre y había hecho fuego, aprovechando la distracción de los forajidos.

Spruance giró en redondo con terrible violencia. Atravesada la frente limpiamente por el proyectil, cayó de bruces sin un solo movimiento.

Jay empujó a la muchacha, derribándola al suelo. Mientras tanto, se esforzó por sacar la pistolita del bolsillo posterior de sus pantalones.

Breather disparó, errando el tiro. Reyes no le dejó corregir la puntería. A cuatro pasos de distancia, le vació el cargador de la pistola en el pecho y en el estómago.

Breather gritó horriblemente mientras los proyectiles le iban penetrando en el cuerpo. Levantó ambos brazos, manoteando frenéticamente, y luego se derrumbó como un montón de flácidos harapos.

Al apagarse los ecos de los estampidos, se produjo un hondo silencio que duró un minuto largo.

Luego, Jay se dirigió al venezolano:

—¿Dónde tenía la pistola? No se la encontré al registrarle.

Reyes sonrió astutamente.

—La escondí entre la hierba. No quería que nadie me la viese hasta el momento oportuno.

—Y tan oportuno —sonrió el joven. Se acercó a la inglesa y le tomó una de sus manos—: Señorita Briggson, debo manifestarle el agradecimiento de todos por su valeroso gesto.

Ella hizo una mueca.

Estaba enojada con el hombre que me quitó las medias aprovechándose de mi impotencia y me había prometido darle un buen golpe así que lo descubriese.

Teitle rio sonoramente.

—¡La buena y valiente *miss* Briggson! —exclamó.

Carmen Paço se había sentado en el suelo y contemplaba la escena con ojos muy abiertos. Parecía como si los disparos hubiesen actuado en sentido positivo sobre su mente, devolviéndola parte de la cordura perdida.

Jay tomó la mano de Nan, ayudándola a ponerse en pie. Clavó su mirada en los ojos de la muchacha.

—Y ahora —murmuró en voz baja—, ¿puedo saber…?

Nan se estremeció.

—Breather había matado a mi hermano. Fue como una especie de locura; por eso quería yo matarlo… pero ahora me doy cuenta de que hubiese cometido una barbaridad de imposible reparación. Ahora me alegro de no haberlo hecho.

—Más me alegro yo —dijo él. Y Nan se sonrojó de una manera que a Jay le pareció sumamente deliciosa. De pronto se oyó una voz.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado aquí? He oído tiros…

Todos se volvieron al mismo tiempo, enormemente sorprendidos ante la inesperada aparición que acababa de surgir ante sus ojos.

Un hombre de mediana edad, vestido descuidadamente y cuya cabeza estaba cubierta con un sombrero de paja, armado con una escopeta de dos cañones, caminó lentamente hacia ellos, mirándolos con suspicacia.

—Ha habido muertes —dijo suspicazmente.

Reyes se adelantó.

—Eran dos criminales, como podremos demostrar más adelante, señor...

—Quexigal, Álvaro Quexigal —contestó el individuo—. Pasaba por el río con mi motora cuando...

—¡Una motora! —chilló *miss* Briggson.

—¿Tiene ahí su embarcación, señor Quexigal? —preguntó Jay alborotadamente.

—Sí, claro.

—Lo primero de todo —exclamó Alsoa—, ¿dónde estamos?

—Ese río es el Ananá. Tengo una *fazenda* no lejos de aquí y subo a visitarla periódicamente —contestó Quexigal—. Estoy unos días en ella y luego regreso a Catrimani, que es donde vivo.

Jay hizo un esfuerzo de memoria.

—Si no me equivoco, está a orillas del río Branco y hay un aeródromo.

—Exactamente —contestó Quexigal—. Desde aquí habrá unos cien kilómetros que recorremos en cinco horas. Al llegar la noche, podemos estar ya en la ciudad.

Jay respiró profundamente. Podían darse ya como salvados. Luego pensó en la violencia de la tempestad, que en un cuarto de hora les había apartado casi doscientos kilómetros de su ruta, lo cual había hecho infructuosos los esfuerzos de los aviones de rescate.

—Creo que podríamos irnos ya, ¿no? —dijo Quexigal.

—Tendremos que llevar los cadáveres de Spruance, si se llamaba así, y de Breather —dijo Reyes—. Es preciso presentarlos a las autoridades.

—La motora es grande —dijo simplemente el brasileño—. Vamos.

Jay miró a Nan. Ella le devolvió la mirada, junto con una luminosa sonrisa.

Para Jay, era más que suficiente. No hacían falta palabras.

Habían sido lanzados al infierno, pero ahora venía el rescate y volvían al paraíso... juntos los dos.

FIN

Aparecerá la próxima semana
en esta colección

A. Rolcest

La venus dorada



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas: Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías. Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.



La radio es una distracción apasionante y una buena fuente de ingresos

TECNICA AL DIA

Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

La mejor biblioteca práctica sobre radio, TV y cine sonoro

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



ZANE GREY

Las mejores novelas del Oeste, también aparecerán en la



marabú

Colección **marabú**

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
848 — Corín Tellado
EL DRAMA DE MAYLEN

COLEC. "MADREPERLA"
744 — Jesús Navarro
LA GRAN MENTIRA

COLECCION "ROSAURA"
688 — Clotilde Méndez
EN LAS ALTAS CUMBRES

COLECCION "AMAPOLA"
575 — Carlos de Santander
CUANDO EL CIELO NOS CASTIGUE

COLECCION "ALONDRA"
509 — María Carmen Rey
EL FRUTO DE LA VENGANZA

COLECCION "CAMELIA"
450 — Celia Bravo
CHIQUILLA

COLECCION "CORAL"
139 — Corín Tellado
LA MODELO

COLECCION "CORAL"
140 — Corín Tellado
MATRIMONIO SINGULAR

COLECCION "CORAL"
244 — Corín Tellado
EN AQUEL MOMENTO

COLECCION "BISONTE"
789 — Silver Kane
LOBOS SOBRE MEJICO

Col. "SERVICIO SECRETO"
653 — Clark Carrados
LANZADOS AL INFIERNO

COLECCION "BUFALO"
486 — Tex Taylor
EL MALDITO YANQUI

COLECCION "TEXAS"
354 — M. Lafuente Estefanía
BILL, EL RAPIDO

COLECCION "CALIFORNIA"
332 — Keith Luger
MISION PARA DOS SUICIDAS

COLECCION "COLORADO"
278 — Orland Garr
UN PASO HACIA LA FOSA

COLECCION "KANSAS"
244 — M. Lafuente Estefanía
TRAGICA HIPOTECA

Col. "HEROES DEL OESTE"
226 — M. Lafuente Estefanía
"GELIDO BOB"

COL. "ASES DEL OESTE"
196 — Raf Segrram
EL INCORREGIBLE

COLEC. "BRAVO OESTE"
108 — M. Lafuente Estefanía
ERA UN VALIENTE

COLEC. "PUNTO ROJO"
42 — Donald Curtis
CLAVE: OJOS VERDES

COL. "SELECCION S. S."
20 — Mark Halloran
MI PESAME, NENA

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Moralès - 13 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Busó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegüa, 336 LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 300 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domingues y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Frankie Avalon

Joven actor cantante americano, al que recientemente vimos en "Viaje al fondo del mar". Ha interpretado ya un gran número de películas. Sus discos son muy populares en América; de una sola de sus canciones se vendieron más de 200.000 discos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain N.° 1556